

Laicos de parroquia caminando juntos

Material de reflexión para grupos parroquiales

Versión
ADAPTACIÓN
reducida



Salir,
caminar
y sembrar
siempre de nuevo

(88 21)



III Asamblea General y
Encuentro de Laicos de parroquias

Índice de siglas

LG	Constitución Lumen Gentium. Concilio Vaticano II
GS	Constitución Gaudium et Spes. Concilio Vaticano II
AD	Decreto Ad Gentes. Concilio Vaticano II
AA	Decreto Apostolicam Actuositatem. Concilio Vaticano II
EN	Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi. Pablo VI
ChL	Exhortación Apostólica Christifideles laici. Juan Pablo II
EG	Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium. Papa Francisco
AL	Exhortación Apostólica Amoris laetitia. Papa Francisco
CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
CLIM	Cristianos laicos, Iglesia en el mundo. Conferencia Episcopal Española
CEE	Conferencia Episcopal Española
CEAS	Comisión Episcopal de Apostolado Seglar
ACG	Acción Católica General

ÍNDICE

Presentación

Prólogo por D. Carlos Escribano Subías, Obispo Consiliario de Acción Católica

Reto Primero CONSTRUYENDO PARROQUIAS CON ACTITUD DE SALIDA

- I. La parroquia es siempre válida
- II. La parroquia, entre el espacio y tiempo
- III. Parroquias con actitud de salida

CUESTIONARIO

Reto Segundo LAICOS PARA PARROQUIAS EN SALIDA

- I. ¿Es la hora de los laicos?
- II. ¿Qué es la vocación?
- III. La vocación al amor
- IV. La vocación a la santidad
- V. El reto de generar una cultura vocacional
- VI. El equipo parroquial de vida cristiana
- VII. Un método que cultive la clave vocacional
- VIII. Tentaciones, hábitos y prejuicios a superar
- IX. Laicos con vocación de ser “discípulos misionero”

CUESTIONARIO

Reto Tercero VOCACIONADOS A SANTIFICAR EL MUNDO

- I. La índole secular
- II. La vocación al desarrollo personal y social
- III. Dos principios para santificar el mundo
- IV. Dos retos para nuestro encuentro con la sociedad de hoy
- V. Campos fundamentales de presencia pública para los laicos

CUESTIONARIO

Reto Cuarto CAMINANDO JUNTOS

- I. La necesidad de caminar juntos
- II. ¿Cómo caminar juntos?
- III. Acción Católica General, laicos de parroquia caminando juntos

CUESTIONARIO



PRESENTACIÓN

“Salir, caminar y sembrar siempre de nuevo” (EG 21)

“La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos que regresan de la misión llenos de gozo (cf Lc 10, 17). La vive Jesús, que se estremece de gozo por el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeñitos (cf Lc 10,21). La sienten llenos de admiración los primeros que se convierten al escuchar predicar a los Apóstoles «cada uno en su propio lengua» (He 2,6) en Pentecostés. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá. El Señor dice: «Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido». Cuando está sembrada la semilla en un lugar, ya no se detiene para explicar mejor o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos”. (EG 21)

Introducción

El material “Laicos de parroquia caminando juntos” quiere ayudar a reflexionar sobre el papel del laicado en la construcción de parroquias en salida en nuestro contexto social. Este documento que tenéis en vuestras manos es una **ADAPTACIÓN** del mismo, una versión reducida. Os animamos a trabajar, si es posible el material íntegro¹, pero, en el caso que no se pueda abordar por diferentes circunstancias, este texto introduce los cuestionarios con suficiente consistencia. Lo más importante de la propuesta es poder compartir con la mayor amplitud posible qué podemos hacer juntos para responder a los retos evangelizadores que se nos plantean en nuestras parroquias.

Para todo ello os invitamos a realizar esta reflexión en varios niveles:

- 1. Nivel parroquial.** El material está pensado para que se trabaje en equipos parroquiales. Después de cada capítulo se adjunta un cuestionario que quiere ayudar a hacer vida la propia reflexión y a compartirla en pequeños grupos. Es conveniente dividir el trabajo en varias sesiones para profundizar en cada uno de los retos que se abordan. Es necesario que el párroco comparta, acompañe e intervenga en el proceso; si es posible, asistiendo a las reuniones grupales o, al menos, participando en los momentos donde se recojan las aportaciones de todas las realidades de la parroquia que se impliquen en la reflexión.

¹ El Material íntegro de reflexión puedes encontrarlo en www.accioncatolicageneral.es, así como toda la información referente al Encuentro de Laicos de Parroquia y al Camino de Santiago previo, todo ello en el marco de la III Asamblea de Acción Católica General.

2. **Nivel diocesano.** A través de la realidad de Acción Católica General, junto con la Delegación de Apostolado Seglar, se pueden abrir espacios diocesanos donde juntarnos a poner en común lo analizado.
3. **Nivel general.** Las aportaciones que surjan de cada diócesis se enviarán, antes del 1 de junio, a la dirección de correo electrónico:

presidencia@accioncatolicageneral.es

Con todas ellas se elaborará una síntesis que servirá como punto de partida al encuentro que celebraremos **del 3 al 6 de agosto de 2017 en Santiago de Compostela** con motivo de la III Asamblea de ACG. Estáis todos invitados a dicho encuentro y a la peregrinación que se realizará la semana previa. Van a ser unos días preciosos donde laicos de todas las diócesis, junto con nuestros pastores, vamos a reflexionar sobre nuestro papel en la renovación misionera de nuestras parroquias. Le pedimos a Dios que este evento nos ayude a generar espacios de comunión y líneas conjuntas de acción evangelizadora.

Con Cristo, es tiempo de
“salir, caminar y sembrar siempre de nuevo”.
Hagámoslo juntos.



PRÓLOGO

D. CARLOS ESCRIBANO SUBÍAS

Obispo de Calahorra y La Calzada - Logroño

Obispo Consiliario de Acción Católica

Me gustaría comenzar estas líneas con un agradecimiento a la Acción Católica General por la audacia de plantear el espacio que genera su III Asamblea General, de vital importancia para toda asociación y para sus miembros, como un espacio abierto de comunión y de servicio que trasciende la vida misma de la Asociación y se plantea como un servicio para toda la Iglesia que peregrina en España. Muchas gracias por vuestra generosidad y por plantear vuestra reflexión como un espacio en el que caminar juntos, ofreciéndonos instrumentos que nos ayuden a concretar esa Iglesia en salida que el Papa Francisco nos reclama, que el mundo necesita y a la que todos aspiramos.

Es fundamental en este momento de la Iglesia en España hacer una reflexión pausada y una revisión profunda sobre el papel que deben jugar hoy nuestros laicos en la ardua y apasionante misión evangelizadora de la Iglesia. Somos conscientes del gran compromiso que muchos de nuestros laicos tienen en la vida de la Iglesia. Y hay que darles las gracias más sinceras. A la vez también nos damos cuenta de que es mucha la tarea que falta por acometer.

Una de las cuestiones que más puede iluminar nuestro horizonte evangelizador es el de valorar el papel de los laicos para una Iglesia en salida. Este material de reflexión que nos presenta la Acción Católica General nos ayuda a profundizar sobre la vocación del laicado en la Iglesia (que son los laicos de nuestras parroquias, de nuestros pueblos...) redescubriendo la importancia de su vocación al seguimiento radical de Cristo. Cuando configuran su existencia y su pertenecía a la Iglesia como una respuesta a la llamada recibida por el Señor se convierten en auténticos discípulos misioneros.

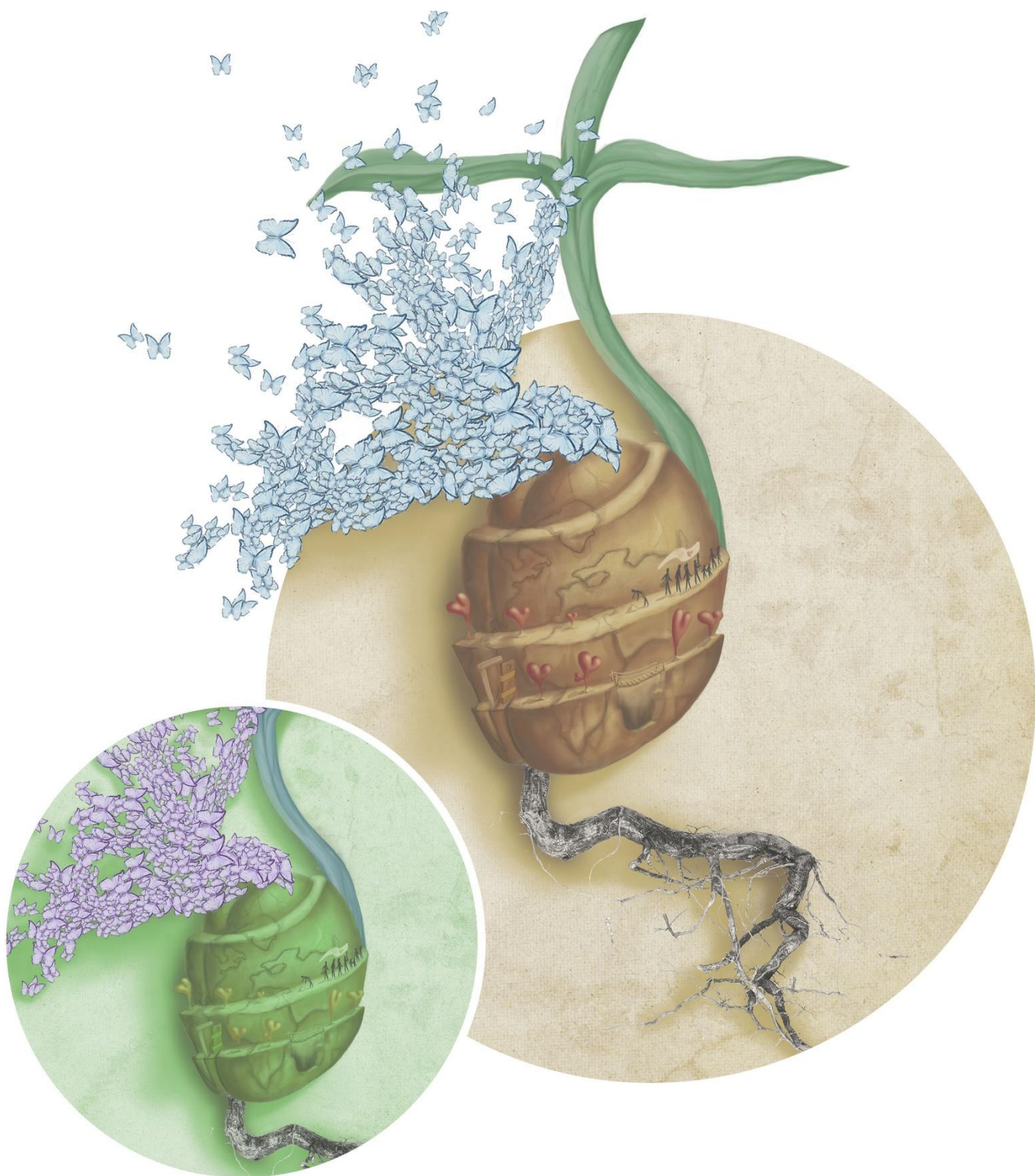
Esta tarea del laicado misionero debe arraigarse en un doble escenario: la vida de la parroquia y la presencia pública evangelizadora en nuestra sociedad de hoy. A ello se dedican también espacios de estudio en este material de reflexión que tenéis en vuestras manos. En primer lugar, a la parroquia que desde un dinamismo de conversión pastoral debe configurarse como una comunidad con actitud de salida. El segundo escenario nos ayuda a entender de modo adecuado la índole secular de nuestro laicado que les mueve, desde una experiencia vocacional, a santificar el mundo en los distintos lugares donde se hacen presentes.

Creo sinceramente que este material puede hacer mucho bien a nuestras diócesis, a nuestras parroquias y a nuestro laicado. Sería muy provechoso el que se pudiera trabajar con los laicos de nuestras parroquias y de nuestros movimientos y asociaciones para ir desarrollando de manera adecuada algunos de los elementos fundamentales que necesitamos para poner en marcha o consolidar una Iglesia en salida. Seguro que

ilumina y fortalece el trabajo con nuestros laicos y potencia la transformación misionera de nuestras diócesis.

También sería deseable que algunos de los que hayan participado en los procesos de reflexión que plantean estas páginas pudiesen hacerse presentes, en el próximo mes de agosto, en el Encuentro de Laicos de parroquia que se celebrará en el marco de la III Asamblea General de la ACG, en Santiago de Compostela.

Reitero mi gratitud a la Acción Católica General por el precioso servicio que ofrece a la Iglesia que peregrina en España y de un modo particular a nuestras parroquias y a nuestros laicos.



PRIMER RETO

Construyendo parroquias con actitud de salida

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo” (EG 27)

ÍNDICE

- I. La parroquia es siempre válida
- II. La parroquia, entre el espacio y el tiempo
- III. Parroquias con actitud de salida
 - 1. Salir a llenar los vacíos existenciales
 - 2. Acoger y anunciar, salir e incorporar
 - 3. El anuncio kerigmático
 - 4. El testimonio personal
 - 5. Misericordia y promoción humana
 - 6. Parroquia servidora de los pobres
 - 7. El testimonio y la acción comunitaria
 - 8. El diálogo con el entorno social
 - 9. Con la alegría del Evangelio
 - 10. Todos somos llamados a “salir, caminar y sembrar siempre de nuevo”



I. La parroquia es siempre válida

El Papa Francisco, desde su invitación a la reconversión pastoral animándonos a poner todas las estructuras en clave misionera, en **EG 28** nos recuerda que **la parroquia**:

- *No es una estructura caduca.* Sigue siendo “la expresión más visible de la comunión eclesial. La misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”.
- *Está en contacto con la vida del pueblo.* “Viviendo y obrando profundamente injertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas”.
- *Alienta y forma.*
- *Es comunidad de comunidades.* La parroquia ofrece un ejemplo luminoso de apostolado comunitario, fundiendo en la unidad todas las diferencias humanas que allí se dan, insertándolas en la universalidad de la Iglesia.
- *Debe estar en continua revisión y renovación,* que es la dinámica propia de la fe.
- *Y ha de orientarse completamente a la misión,* dispuesta a anunciar la salvación en Cristo a través de todas sus acciones.

El Papa Francisco nos insta a vivir la “**alegría del Evangelio**” que nace del encuentro personal con Cristo. La conversión pastoral, a la que continuamente nos convoca, hunde sus raíces en este encuentro, desde el cual descubrimos el dinamismo de la fe, que nos hará perder el miedo que nos vuelve a nosotros incapaces del testimonio y a nuestras comunidades parroquiales en estructuras caducas. Desde estas enseñanzas es desde donde podemos afirmar que “la parroquia es siempre válida”, como les dijo a los obispos polacos en un encuentro en la Catedral de Cracovia, con motivo de la *Jornada Mundial de la Juventud* (2016). Allí afirmó que “es una estructura que no debemos tirar por la borda, pues **es, precisamente, la casa del pueblo de Dios, esa donde vive.** Desde esta definición animó a los obispos a cuidar, renovar y revitalizar las parroquias, de manera que sigan siendo el lugar del acompañamiento en la fe, la estructura que aglutina los “lugares del encuentro con Jesucristo” y la comunidad desde donde somos enviados a la misión. La parroquia, debe ser el lugar con puertas abiertas donde, cuando viene alguien a preguntar, se dice: «Sí, sí..., se acomode. ¿Cuál es el problema? Y se escucha con paciencia. Llevar adelante una parroquia es cansado, en este mundo de hoy con tantos problemas. Pero **el Señor nos ha llamado para que nos cansemos un poquito,** para trabajar y no para descansar. La renovación de la parroquia es una de las cosas que los obispos deben vigilar siempre: ¿Cómo funciona esta parroquia? ¿Qué haces? ¿Cómo va la catequesis? ¿Cómo la enseñas? ¿Está abierta? Y así muchas cosas... ¿Cómo se

acogen a las personas? ¿Cómo se las escucha? ¿Hay alguien siempre en el confesionario? Si hay un confesionario con la luz encendida, la gente va siempre.

La parroquia es importante. Alguien dice que la parroquia ya no sirve, porque hoy es la hora de los movimientos. Esto no es verdad. Los movimientos ayudan, pero los movimientos no deben ser una alternativa a la parroquia: deben ayudar en la parroquia, llevar adelante la parroquia, como existe la Congregación Mariana, la Acción Católica y tantas realidades. **La parroquia no se toca:** debe permanecer como un puesto de creatividad, de referencia, de maternidad y todas esas cosas. Y actuar en ella esa capacidad inventiva; cuando una parroquia va adelante así se realiza lo que llamo **«parroquia en salida»**. Inventar, buscar, salir, buscar a la gente, ponerse en las dificultades de la gente. Pero una parroquia-oficina hoy no funciona..., la gente, si no vas a buscarla, si no te acercas, no viene. Esto es el discípulo misionero, la parroquia en salida. Salir para buscar, como ha hecho Dios, que ha enviado a su Hijo para buscarnos».

Con esta reflexión sobre la parroquia queremos huir de la tentación de cobijarnos en el “siempre se ha hecho así” y lanzarnos a la reflexión conjunta que nos lleve a descubrir y hacer descubrir el verdadero rostro de la parroquia. Esta sigue siendo imprescindible para acoger la vida y la misión de la Iglesia en una realidad concreta, con un carácter estable y comprometido, y para muchos sigue siendo la referencia inmediata y concreta que pueden tener de la Iglesia.



II. La parroquia, entre el espacio y tiempo

Hay una reflexión que el papa Francisco ha presentado en distintos lugares: **El tiempo es superior al espacio**. “Dios se manifiesta en una revelación histórica, en el tiempo. El tiempo inicia los procesos, el espacio los cristaliza. Dios se encuentra en el tiempo, en los procesos en curso. No hay que privilegiar los espacios de poder respecto a los tiempos, también largos, de los procesos. Nosotros debemos empezar los procesos, más que ocupar espacios”².

Si aplicamos este principio a la parroquia observamos que ésta es el espacio donde la visibilidad eclesial se concreta; es la encarnación visible de la Iglesia, vinculada a un territorio, comprometida con un pueblo, con horarios, dependencias, estructuras, recursos humanos y materiales, con archivos parroquiales que consignen la memoria, con templos para que la comunidad se reúna, con campanarios que convocan a todos y anuncian a todos, con almacenes de comida y vestido, con dispensarios, con escuelas, con iniciativas para la fe, para el anuncio, para la celebración y el servicio a los pobres.

Ahora bien, una parroquia en salida es la que, sin olvidar su localidad, su espacio, se abre a los signos de los tiempos, a las llamadas y necesidades de las personas, de los

² LA CIVITTA CATTOLICA SPADARO, Entrevista al Papa Francisco, 468

congregados y de los que están por congregarse. Aquellos que han de venir a la comunidad son aún más importantes que la propia comunidad. Nuestras parroquias llevan mucho tiempo defendiendo espacios, atrincherando creyentes en cuarteles de invierno, contando bajas, sin procesos, sin verdadera pasión. Una Iglesia en salida es una Iglesia que se despliega, nunca una Iglesia que se repliega. La propuesta de la conversión pastoral, que valora el tiempo como principio de la vida cristiana, promueve que la parroquia sea el lugar donde acompañar, con inmensa paciencia, los procesos que lleven a todas las personas a vivir la madurez en la fe y a construir un entorno social mejor (cf. EG 171).

Pero sin caer en extremismos, pues la primacía del tiempo no anula la necesidad del espacio; es decir, la misión, no puede hacerse hasta el infinito sin un centro de referencia, sin un punto de apoyo; y ese punto firme es la parroquia. Un laicado en salida es imprescindible, pero sin raíces concretas es insostenible. Sin una comunidad de referencia, que haga visible a la Iglesia invisible, no podrá haber vida cristiana.

Una cometa es bella porque vuela y vuela alto, porque se aleja y porque surca el viento y se aprovecha de toda circunstancia para hacer un camino de belleza y de alegría; pero toda cometa necesita un hilo, la gracia; un hilo de gracia que lo conecte con la naturaleza, con la realidad... si la cometa no tiene un punto de referencia volará al albur del viento y caerá rápido o se alejará hasta el infinito. Tiempo superior al espacio sí, siempre. Tiempo, sin espacio, todavía no. Espacio, sin tiempo, jamás.



III. Parroquias con actitud de salida

La Iglesia nos impulsa a la renovación de nuestras estructuras parroquiales. Esto, sin duda, nos enseñará a “salir pero también a acoger, a anunciar pero también a educar, a llamar pero también a incorporar”³. ¿Cómo podemos llevar a cabo esta encomienda en nuestra realidad parroquial? Sabiendo que no hay recetas mágicas y que la pluralidad de contextos es casi infinita, simplemente ofrecemos un decálogo de elementos a tener en cuenta. Esperamos que puedan servirnos para reflexionar juntos y para diseñar líneas de acción misionera que nos ayuden a transmitir el Evangelio hoy.

1. Salir a llenar los vacíos existenciales

Evangelizar supone crear un proceso liberador en la persona en el cual se da respuesta a sus necesidades y en el que se educa en los valores fundamentales del ser humano, de modo que sea capaz de acoger la mayor oferta de liberación que el hombre ha recibido: la vida en Cristo Jesús, muerto y resucitado⁴.

³ *Directorio General para la catequesis*, 61

⁴ Cf. CEAS, *Proyecto Marco de Pastoral de Juventud*, Edice, Madrid, 2007, p.123

La persona debe sentir que la propuesta que le hacemos le aporta, más aún, le llena. Si nuestro interlocutor vive en la indiferencia y no descubre que Cristo le puede liberar de distintas ataduras que pueda tener, ¿qué necesidad tiene de convertirse? Si un feligrés que participa de un grupo parroquial no aprecia que el proceso propuesto le enriquece, ¿para qué continuar?

No podemos olvidar que Cristo nos hace una oferta de salvación y quiere que seamos felices, es decir, viene a liberarnos para que vivamos en plenitud. Esto es lo que tenemos que transmitir. Para ello, **tenemos que identificar las necesidades o vacíos que tienen las personas que viven a nuestro alrededor**, y desde ahí, ofrecerles el Evangelio como camino de superación hacia la realización en Dios, al igual que hizo Jesús con la mujer samaritana: *“Jesús, cansado del viaje, se sentó junto al pozo...”* (Jn 4, 6).

Tenemos que aprender a **identificar “los pozos” de hoy**, es decir, todos los lugares y momentos, los desafíos y las expectativas, por donde antes y después las personas pasan con sus ánforas vacías, con sus interrogantes no expresados, con sus problemáticas personales y sociales, con su deseo profundo e indeleble de autenticidad y de dignidad⁵.

2. Acoger y anunciar, salir e incorporar

La parroquia, **“fuente de la aldea”**, en sí misma es un pozo. Tiene el don de ser la Iglesia que se encarna en el territorio y es un lugar accesible a quien quiera apagar su sed. Por su propio pie siempre hay personas que se acercan a la parroquia con necesidades de distinto tipo. El hecho no siempre fácil de acogerlas y escucharlas con paciencia y con afecto, puede convertirse en la parte más importante de esa respuesta que busca. Por tanto, es muy importante que se cuide ese primer momento de encuentro, **la acogida**, especialmente cuando esa persona que acude es alguien que no suele frecuentar la vida parroquial por diferentes motivos.

Pero hoy día esto no es suficiente. Tenemos que **salir** fuera de los muros de la parroquia con botellas del “agua viva” que nos ofrece Jesús (Cfr. Jn 4, 10); buscando a las ovejas descarriadas, sedientas, dando gratis lo que gratis hemos recibido (Cfr. Mt 10, 8). Como describe el Papa Francisco, la parroquia tiene que ser un **“hospital de campaña”** que, como el Buen Samaritano (Cfr. 10, 25-37), va a al encuentro del herido y con sus pobres medios lo rescata y acompaña hasta su curación.

3. El anuncio kerigmático

No podemos renunciar al elemento primordial de la misión, el anuncio del kerygma. **El primer anuncio o «kerygma», debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora** y de todo intento de renovación eclesial. En nosotros debe resonar

⁵ Documento final del Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, Roma, 1997, n. 34.

siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra (Cfr. EG 164).

Devolvamos a nuestras parroquias la dimensión kerigmática de la evangelización. Esto no solo ayudará a potenciar su carácter misionero, sino que revitalizará la fe de sus laicos, pues ésta se fortalece cuando ellos mismos son capaces de anunciarla a otros, dando razones de por qué creen.

4. El testimonio personal

Cada persona, en función de su propia personalidad y realidad, tiene sus vacíos particulares, unos factores concretos que le provocan la sed. La evangelización implica ir caso a caso. Hay una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Hemos de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Ser discípulo misionero es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino (Cfr. EG 127).

5. Misericordia y promoción humana

Para ello tenemos que transmitir misericordia y alegría evangélicas. **Ser “misericordiosos como el Padre”** nos confiere, en primer lugar, una sensibilidad especial para advertir la herida, el vacío del prójimo; y seguidamente, la posibilidad de ofrecer como instrumento de sanación el amor gratuito e infinito de Dios a través de nuestras palabras y acciones. ¿Somos sensibles al dolor ajeno? ¿Hasta qué punto nos entregamos por los demás? Nuestra capacidad de entrega se nutre de la propia experiencia de sentirnos amados por Dios. A pesar de nuestros pecados, limitaciones e incoherencias, Él nos regala su misericordia, nos elige y nos confía esta misión: *“Anuncia todo lo que el Señor te ha hecho y la misericordia que ha obrado contigo”* (Mc 5,19).

Cuando ayudamos a la persona a “llenar sus vacíos”, no basta con un tratamiento particular y asistencialista. Tenemos que **ser capaces de advertir las causas que provocan esas sequedades**. Es fácil percatarnos de que hay factores sociales que generan desdicha e injusticia y no podemos quedarnos cruzados de brazos ante ellos. Desde el corazón del Evangelio reconocemos la íntima conexión entre evangelización y promoción humana. Todos los cristianos estamos llamados a preocuparnos por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción

transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza. Si descuidamos la dimensión social de la evangelización corremos el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión.

6. Parroquia servidora de los pobres

Esto nos lleva a recordar un criterio clave de autenticidad de nuestra fe: la opción por los pobres. El papa Francisco afirma que "esta opción está implícita en la fe en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza" (EG 198). Por eso, destaca con fuerza que "es un mensaje tan claro, tan directo, tan sencillo y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene el derecho de relativizarlo... ¿por qué oscurecer lo que es tan claro?" (EG 194). Y nos recuerda una interpeladora reflexión para todos aquellos que no somos pobres o marginados sociales: "los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás" (EG 190).

7. El testimonio y la acción comunitaria

El rostro de Jesucristo no llega a nosotros por una cadena de transmisiones individuales de la fe, sino de la mano de la acción evangelizadora de toda la Iglesia. Esto implica hacer también cosas juntos. **Son necesarias actuaciones comunitarias** que, además de ser signos de transformación en sí mismas, a la vez nos eduquen en cómo podemos implicarnos individualmente en la construcción del Reino. Acciones que busquen promover una mayor justicia, igualdad, dignidad... renovando en clave evangélica a las personas (actitudes, mentalidad, etc.) y también las condiciones de vida: económicas, sociales, estructurales, ambientales, etc. Acciones que nazcan de la propia vivencia de la fe, que se realicen desde una vivencia de sana eclesialidad y que no opaquen el anuncio explícito del Evangelio.

¿Organizamos comunitariamente acciones evangelizadoras? ¿Pensamos en el Consejo de Pastoral, en las asambleas parroquiales, etc., qué acciones concretas podemos hacer entre todos para acercar el Evangelio a las personas de nuestro entorno? Desde una verbena a una mesa redonda donde abordemos un problema de actualidad social, desde un recital cultural a organizar un voluntariado, desde una actividad de primer anuncio a una peregrinación de interés... Pueden ser de muchos tipos, de menor o mayor trascendencia, lo importante es que respondan a las necesidades sociales del entorno y que transmitan el Evangelio.

8. En diálogo con el entorno social

Para ello, es conveniente estar en comunicación, convocar y colaborar con otras organizaciones, instituciones, asociaciones de vecinos, etc. Tenemos que plantear más actividades abiertas, donde trabajemos con y para los que no están. En el desarrollo de las acciones comunitarias y en la amistad que se deriva de estas

experiencias compartidas, es posible entablar un diálogo profundo, compartir ideas sobre valores humanos, sobre proyectos de vida, sobre el sentido de la existencia, sobre la religión, sobre Dios, sobre Jesucristo, la Iglesia. ¿Las acciones comunitarias que actualmente desarrollamos en la parroquia reflejan la “actitud de salida” que reclama el papa Francisco? Puede que sí, pero tenemos que ser aún más valientes y creativos. Como nos dice el Santo Padre, sin miedo a los tropiezos y buscando nuevos lenguajes que comuniquen el Evangelio a nuestros conciudadanos.

9. Con la alegría del Evangelio

Y todo, **desde la alegría del Evangelio**. Una alegría que surge de la experiencia de fe y, por tanto, llena el corazón y se desborda. Para irradiar la Buena Nueva y traslucirla como posibilidad significativa para los demás es necesario vivir la experiencia de Dios como un descubrimiento gozoso que se convierte en el primer valor de nuestra existencia. Si este sentido de gozo se redujera o estuviera ausente, no hay técnica pedagógica que pueda remediar su falta. Al igual que las personas tenemos heridas que sanar y el Evangelio es la cura, la aspiración a la alegría está grabada en lo más íntimo del ser humano. Nuestra comunidad, a través del testimonio personal y comunitario de todos sus miembros... debe proyectar una forma de vivir que llame la atención, para que quien lo contemple se pregunte: “¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros?”⁶.

10. Todos somos llamados a “salir, caminar y sembrar siempre de nuevo”

Ningún cristiano puede hacer oídos sordos a esta llamada a la misión, “a salir”. “Hagan lío”, les dijo el Papa a los jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud, en Río de Janeiro. Hoy nadie, ningún sector o comunidad eclesial, puede atribuirse de manera exclusiva esta llamada, pues es la misión a la que todos, por nuestro bautismo, hemos sido llamados. “Hoy... todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera... todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20).

⁶ *Evangelii nuntiandi*, 21



CUESTIONARIO

VER

En el apartado tercero de este primer capítulo “Parroquias con actitud de salida”, ofrecemos un decálogo, que puede ayudarnos para que nuestra reflexión comunitaria, sobre la realidad de nuestra parroquia, sea la oportunidad para una motivadora conversión pastoral. Para ello, este momento del cuestionario, lo dedicaremos a realizar una mirada creyente sobre cada punto del decálogo, desde la realidad de nuestra comunidad parroquial.

1. **Salir a llenar los vacíos existenciales.** Desde la parroquia, ¿llegamos a esos vacíos de las personas haciéndoles una propuesta de plenitud? ¿Dedicamos tiempo en la parroquia para analizar comunitariamente los problemas de las personas de nuestro entorno?
2. **Acoger y anunciar, salir e incorporar.** ¿Cómo llevamos a cabo la acogida? ¿Cómo vemos que nos percibe la gente? Acogida ¿desde el juicio o el diálogo?
3. **El anuncio kerigmático.** ¿Cómo vivimos esta dimensión en nuestra parroquia? ¿Articulamos en nuestra pastoral el anuncio explícito del Amor de Dios o lo justificamos, implícito, en el resto de tareas pastorales?
4. **El testimonio personal.** Éste es muy importante para la evangelización en los ambientes concretos, pero ¿llevamos también la alegría del testimonio a la vida de nuestras parroquias: celebraciones, grupos, compromisos, asambleas, etc.?
5. **Misericordia y promoción humana.** ¿Es nuestra parroquia reflejo de la misericordia del Padre? ¿Cómo se concreta?
6. **Parroquia servidora de los pobres.** ¿Qué lugar ocupan los pobres en nuestra parroquia?
7. **El testimonio y la acción comunitaria.** ¿Existen actividades o estructuras en nuestra parroquia donde fomentar el espíritu comunitario (asambleas, encuentros, celebraciones...)? ¿Qué peso tiene el Consejo de Pastoral? ¿Es este un espacio de corresponsabilidad donde, junto a nuestro párroco, trabajar por la evangelización? ¿Organizamos comunitariamente acciones evangelizadoras?
8. **En diálogo con el entorno social.** ¿Cómo nos relacionamos con las demás instituciones presentes en el entorno de nuestra parroquia? ¿Las conocemos? ¿Dialogamos con ellas?

9. **Con la alegría del Evangelio.** ¿Irradia nuestra parroquia esta experiencia de felicidad? ¿Conocemos a alguien que se haya incorporado porque ha visto esta alegría en la parroquia?
10. **Todos somos llamados a salir...** Las actividades pastorales que realizamos en la parroquia ¿nos animan a ser “sal y luz” en nuestros ambientes concretos (trabajo, estudios, familia...)?

JUZGAR

1Cor 12, 4-14

Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Y así uno recibe del Espíritu el hablar con sabiduría; otro el hablar con inteligencia, según el mismo Espíritu. Hay quien, por el mismo Espíritu, recibe el don de la fe; y otro por el mismo Espíritu, don de curar. A este se le ha concedido hacer milagros; a aquel, profetizar. A otro, distinguir los buenos y malos espíritus. A uno, la diversidad de lenguas; a otro, el don de interpretarlas. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.

Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos.

Mt 20, 25-28

Y llamándolos, Jesús les dijo: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos».

Mc 16, 14-15

Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.

- + ¿Qué nos aportan estos textos con referencia a las características de la parroquia: comunión, celebración, anuncio y servicio?
- + ¿Qué llamada nos surge a la luz de la Palabra de Dios?
- + ¿Qué actitudes podríamos potenciar a nivel personal? ¿Y a nivel parroquial?
- + “Una cometa es bella porque vuela y vuela alto, porque se aleja y porque surca el viento y se aprovecha de toda circunstancia para hacer un camino de belleza y de alegría; pero toda cometa necesita un hilo, la gracia; un hilo de gracia que lo conecte con la naturaleza, con la realidad... si la cometa no tiene un punto de referencia volará al albur del viento y caerá rápido o se alejará hasta el infinito”. ¿Cómo aplicamos esta imagen a nuestra parroquia?

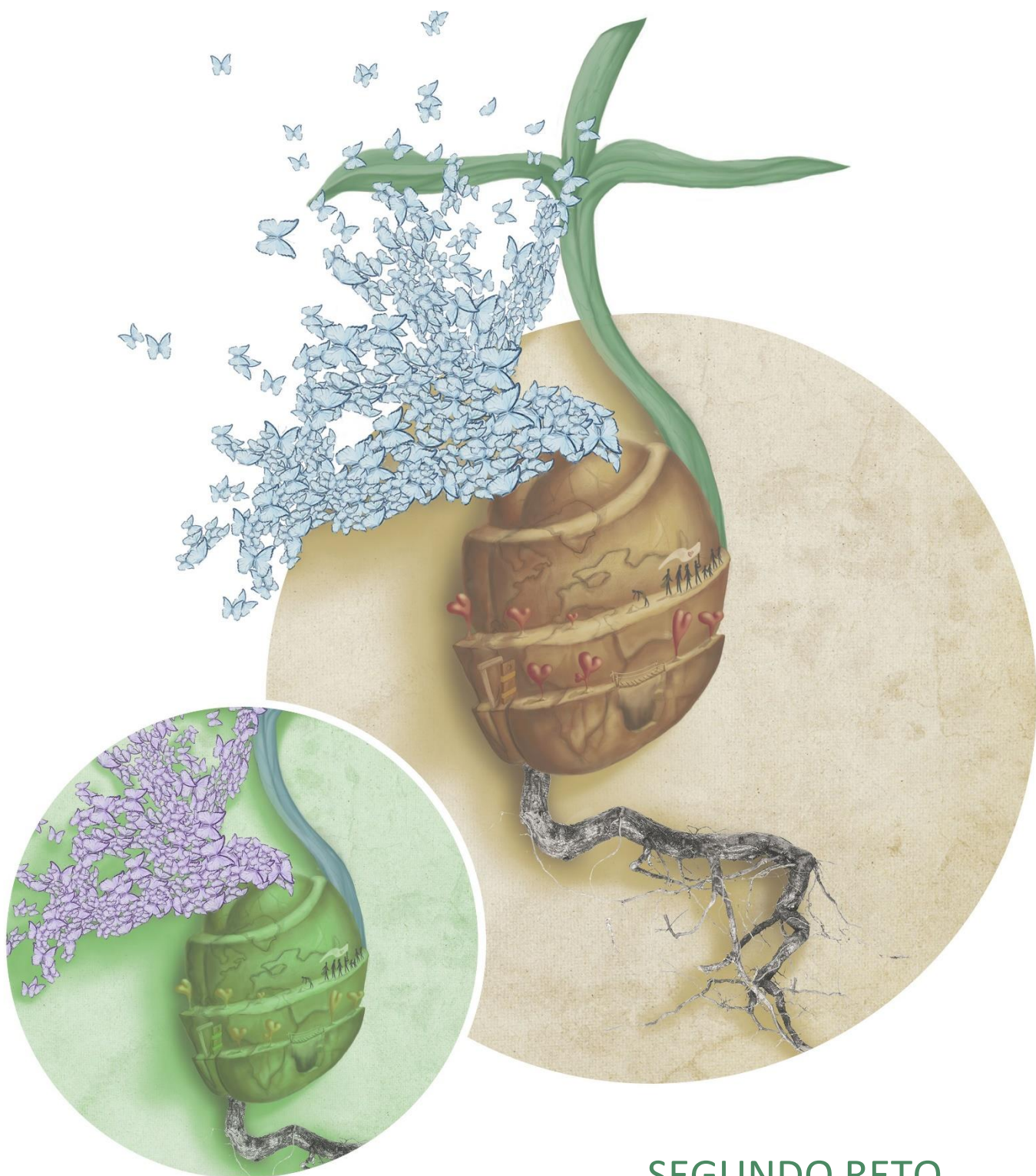
ACTUAR

A nivel personal

- + ¿Qué compromiso me planteo para vivir con más intensidad mi ser parroquia?
- + ¿Qué puedo aportar para que mi parroquia se sitúe en clave de renovación misionera?

A nivel comunitario

- + Elaborar un resumen de nuestra reflexión para compartir a nivel parroquial con el resto de grupos y con nuestro párroco. Nuestra visión y nuestro compromiso para la renovación misionera de nuestra parroquia.



SEGUNDO RETO

Laicos para parroquias en salida

“En un mundo secular los laicos son los nuevos samaritanos,
protagonistas de la nueva evangelización” (CLIM 128)

ÍNDICE

- I. Es la hora de los laicos
- II. ¿Qué es la vocación?
- III. La vocación al amor
 - 1. Llamados por amor
 - 2. Llamados al amor
- IV. La vocación a la santidad
- V. El reto de generar una cultura vocacional
- VI. El equipo parroquial de vida cristiana
 - 1. Parroquias configuradas desde la vocación
 - 2. Parroquias como el lugar del acompañamiento en la fe
- VII. Un método que cultive la clave vocacional
- VIII. Tentaciones, hábitos y prejuicios a superar
- IX. Laicos con vocación de ser “discípulos misioneros”



I. ¿Es la hora de los laicos?

¿Se ha llevado a la práctica en toda su extensión lo apuntado por el Magisterio en relación a la teología del laicado? Es incuestionable que ha habido un avance, que se concreta en realidades donde se visibiliza la corresponsabilidad de los laicos en la misión de la Iglesia y, por supuesto, todos conocemos multitud de seglares que ofrecen constantemente su vida a Dios y a los hermanos; pero también sabemos que **falta camino por recorrer**. El Papa Francisco lo expresa así: “recuerdo ahora la famosa expresión: «es la hora de los laicos» pero pareciera que el reloj se ha parado”⁷. ¿Por qué el ritmo de avance es más lento de lo que nos gustaría?

Cuando reflexionamos acerca de esta cuestión a menudo surge la mención al **clericalismo**. Nuestro Santo Padre lo expresa así:

“No podemos reflexionar el tema del laicado ignorando una de las deformaciones más fuertes que la Iglesia tiene que enfrentar: el clericalismo. Esta actitud no sólo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente. El clericalismo lleva a la funcionalización del laicado; tratándolo como “mandaderos”, coarta las distintas iniciativas para llevar la Buena Nueva del Evangelio a todos los ámbitos del quehacer social y político. El clericalismo lejos de impulsar los distintos aportes, poco a poco va apagando el fuego profético que la Iglesia está llamada a testimoniar en el corazón de sus pueblos. El clericalismo se olvida que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia pertenece a todo el Pueblo de Dios (cfr. LG 9-14) y no solo a unos pocos elegidos e iluminados”⁸.

Pero no caigamos en el error de pensar que el clericalismo es provocado únicamente por los sacerdotes. Los mismos seglares lo suscitamos con asiduidad. En cualquier caso, sigue estando latente un problema previo, de identidad o concepción de la **vocación laical**. Ahora bien, quizá la problemática está más en la realización vital que en la pura reflexión teológica. En teoría todos estamos de acuerdo en recoger la definición positiva del laicado que se explicita en los documentos del Concilio Vaticano II, de donde extraemos dos elementos fundamentales para enfocar la teología del laicado: **1) recuperar el carácter “cristiano” básico de la figura del laico a partir de lo que representa el bautismo, y 2) subrayar la índole “secular” propia de la vocación laical**.

Así, **el laicado pasa de objeto-súbdito a sujeto-protagonista de la Iglesia**: se afirma la dignidad común a todos los miembros del Pueblo de Dios en virtud del bautismo y se pone de relieve la misión ‘secular’ más específica, que es la de ser por su misma naturaleza “Iglesia en el mundo”:

⁷ Carta del Papa Francisco al Cardenal Marc Armand Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, Vaticano, 19 de marzo de 2016

⁸ Ibíd

“El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y **en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida**. Allí están llamados por Dios, para que, contribuyan a **la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento**.” (LG 31)

Entonces, si estamos de acuerdo en esta definición, ¿por qué no termina de visibilizarse en la práctica? ¿Qué falta para promover, de manera general, un laicado que desarrolle su papel en la misión de la Iglesia?

Al tratar de responder a estas preguntas, a menudo surge en nuestros diálogos y reflexiones una palabra: la **corresponsabilidad**. Pero, ¡ojo!, situémosla correctamente. Antes de hablar de reparto de quehaceres, cometidos, o de propiciar espacios de diálogo y de decisión, hemos de advertir un previo: tenemos que entender la vida en clave de **VOCACIÓN**.



II. ¿Qué es la vocación?

«Vocación» significa llamada, una llamada originaria y amorosa a toda persona que se va plasmando en su ‘caminar vital’, de modo que libremente busque esa plenitud que tanto desea. Si esta llamada fuera una ‘sinfonía’ tendría alguna de las siguientes notas:

- **Es originaria**, en un sentido universal, no está reducida sólo a unos pocos.
- **Es personal e irrepetible**, del mismo modo que lo es su respuesta.
- **Basada en el amor**: «Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor era todo» (Santa Teresa de Lisieux). Este amor será una luz que permite interpretar la propia vida en su día a día.
- **Implica la totalidad** de la persona y de su existencia. Afecta ‘a toda la vida’, compromete todo. Es llamada al amor en su unidad integral de un ser corpóreo-espiritual.
- **Es continua**, no se reduce a un momento concreto. Dios continúa llamándonos todos los días, como señalaba el beato J. H. NEWMAN: «Todos nos encontramos en permanente estado de llamada», lo que implica que la vocación se encarna en el tiempo.
- **Apela a mi libertad** (cf. GS 7), a la que puedo responder o no. Quien me llama hace surgir mi libertad.

En consecuencia, la **vocación** es la manifestación en el tiempo del plan que Dios tiene para cada persona, haciéndole descubrir el sentido más profundo de su existencia, lo que le da contenido y finalidad a su propia vida.



III. La vocación al amor

Desde la perspectiva cristiana, la Verdad a la que aspiramos se nos revela en la medida en que descubrimos que la vocación al amor es la luz de nuestra vida. ¿En qué consiste esta vocación? ¿Cómo se nos revela?

1. Llamados por amor. Descubrir el origen de la llamada

En el origen de toda persona hay un acto de amor, que es un acto de Dios y un acto creador. Por ese acto somos llamados a la existencia, recibimos el don de la vida. La vocación nos remite a un amor primero como a su fuente, nos hace conscientes por medio de una revelación, esto es, de una manifestación de Aquél que nos ha amado antes, que nos ha ‘primereado’ en el amor.

2. Llamados al amor. Comprender la finalidad de la llamada

En este plan de Dios, podemos comprobar que no estamos hechos para la soledad, sino que somos **portadores** de una vocación a una comunión, la cual se nos hará viva y comprensible en la propia experiencia del amor. La persona solo se puede conocer, de modo adecuado a su dignidad, cuando es amada⁹. **Nadie puede vivir sin amor**. Solo llegaremos a comprender lo que somos y a descubrir un sentido para nuestra vida cuando se nos revele el amor, cuando nos encontremos con él, cuando lo experimentemos y lo hagamos propio, cuando **participemos** en él vivamente.

Esto implica:

- **Creer en el Amor:** “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16). Estas palabras expresan el corazón de la fe cristiana: la imagen de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Es una formulación sintética de la existencia cristiana: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él».”¹⁰.
- **Creer en el Amor:** No hemos recibido el don de la vida para sobrevivir, sino para amar y ser amados, para crecer en ese amor, para ser transformados por ese amor, para ser liberados y encontrar la felicidad. Tenemos que aprender a vivir esa plenitud día a día. En el amor no hay descanso, “éste es un proceso que siempre está en camino: el amor no se da nunca por ‘concluido’ y completado, se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo.”¹¹

⁹ CEE, Directorio de Pastoral Familiar, n. 28

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1

¹¹ *Ibíd.* n. 17

- **Vivir en el amor:** Responder a esta llamada comporta salir al encuentro del otro para donarse a él. Esto requiere cambiar el punto de mira, dejar de replegarse sobre uno mismo para mirar al otro: “Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más bien lo busca”.¹²

De este modo, Dios nos invita a madurar e integrar la vocación al amor en nuestra vida, a vivir en la lógica del don en toda su plenitud. Realizar esta entrega de modo humano exige una madurez de la libertad que nos permitirá no solo dar cosas, sino darnos a nosotros mismos en totalidad.



IV. La vocación a la santidad

Pudiera parecer con el título que buscamos cosas grandilocuentes; que al emplear la palabra vocación nos centramos en los momentos donde tomar grandes decisiones, como la elección de un estado vital; pero veremos que esta partida se juega principalmente **en lo pequeño**, en lo cotidiano. ¿En qué medida Dios marca mis pasividades o mis acciones, mis disquisiciones y compromisos?

Nuestro reto es descubrir en nuestra vida la dinámica del amor de Dios y, desde ahí, ser capaces de tenerle siempre presente en lo que vemos y hacemos; pero no para hablar con Él sin más; sino para ponernos en sus manos y preguntarle constantemente: **“Señor, ¿qué quieres de mí?”**. En lo rutinario y en lo extraordinario, en lo imprevisto y en lo planificado, en lo que parece nimio y en lo importante. No es una cuestión puntual, **es un estilo de vivir**.

Como bien nos recuerda el papa Francisco, la renovación misionera de las parroquias no pasa por vivir el compromiso desde el funcionariado, sino desde la fe que me mueve, desde el sentirme Hijo de Dios y conocer que Él tiene un plan para mí. En la práctica, **la superación del clericalismo empieza por generar conciencia de que Dios nos llama a todos, como hermanos, a trabajar en su viña, más que por generar ámbitos para el desarrollo de tareas**. Nos tenemos que preguntar, ¿por qué soy catequista? ¿por qué colaboro con Cáritas? ¿por qué milito en un partido político? Porque me lo pidió el párroco, porque siempre se ha hecho así, porque hacía falta alguien, porque ahí están mis amigos, porque quiero construir un mundo mejor... Todas esas razones pueden ser mediaciones, pero qué hay detrás de todas ellas para un cristiano. No basta con tener nociones de lo que supone creer, ni siquiera basta con tener un primer encuentro con Jesucristo; todo pasa por nacer a una nueva vida en Él y caminar para siempre en su

¹² Ibíd.

seguimiento. Por tanto, nunca habrá un laicado maduro sin una vivencia madura de la fe.

Eso sí, hemos de entender que **la fe no es estática**, sino **que genera un impulso vital basado en un diálogo de pregunta-respuesta donde Dios tiene la iniciativa**. El encuentro con Cristo lleva a la persona a replantearse constantemente su vida, desde los pequeños actos que realizamos a diario hasta las grandes decisiones que marcan nuestro itinerario. Y cuando un creyente vive su compromiso como respuesta a la llamada que Dios le hace, se esfuman los complejos, se relativizan las distinciones; y las tareas específicas que cada uno desarrolla, dentro y fuera de la parroquia, se ven como parte de un todo. Es una forma de vivir que nos saca de la indiferencia, de la pasividad, de ser unos “mandaderos”. Nos ayuda a distinguir lo humano de lo divino, es decir, a no poner excusas, a no quedarnos en la queja, a no echar la culpa al otro o a las estructuras; nos mueve a “plantar Iglesia” con actitud de humildad y servicio; y encima nos da felicidad. De aquí surge la alegría del Evangelio, la paz de Dios que contagia y conmueve al prójimo.

No hay compromisos de primera o de segunda. Tampoco hay vocaciones de primera o de segunda. Vivir el Proyecto de Vida que Dios soñó para mí me hace dichoso, me dignifica, no necesito el reconocimiento de otros, no me siento de inferior categoría. Por tanto, cuando hablemos de corresponsabilidad, no nos situemos directamente en el “hacer”, en las funciones a desarrollar, en tener espacios para opinar y decidir; la asunción del papel del laicado en la Iglesia pasa, en primer lugar, en **poner a la fe, el amor de Dios con todo su dinamismo vocacional, en el centro de la acción misionera**.



V. El reto de generar una cultura vocacional

Para que todo esto no quede en pura teoría, hemos de ejercitarnos en el dinamismo vocacional. Tenemos que generar más espacios en las parroquias donde aprender a discernir, donde educarnos en contemplar la realidad, en encontrarlo a Él, para escucharle, dialogar, confiar, dejarnos hacer y responderle en nuestro obrar. Todos debemos profundizar en la propia vocación cristiana para vivir nuestra misión desde la escucha y el seguimiento, entendiendo el concepto de vocación en toda su amplitud:

“Vocación no es sólo el proyecto existencial (ministerio ordenado, vida religiosa, laical...), sino que lo son cada una de las llamadas de Dios, evidentemente siempre relacionadas entre sí en un plan fundamental de vida, de cualquier modo diseminadas a lo largo de todo el camino de la existencia.”¹³

Acoger la clave vocacional en nuestra vida supone escuchar a Dios en lo pequeño, en el día a día. De manera casi imperceptible, esto genera en nosotros la sensibilidad

¹³ Documento final del Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, Roma, 1997, n. 26

que nos hace intuir su voz en lo grande, en lo inesperado, en lo difícil, en las decisiones que encauzan el rumbo de nuestra vida. *“Son las grandes preguntas las que hacen grandes las pequeñas respuestas. Pero son precisamente las pequeñas y cotidianas respuestas las que provocan las grandes decisiones, como la de la fe; o que crean cultura, como la de la vocación”*. En consecuencia, **la pastoral vocacional no se dirige a unos pocos “elegidos”, debe ser un eje transversal de toda realidad pastoral auténtica.**

Desde esta perspectiva, al introducir el tema de la vocación, estamos haciendo algo más que “propaganda vocacional”; **estamos evangelizando allí donde nuestra cultura está más enferma: en su resistencia a que Dios sea Señor de toda la vida.** La disyuntiva está en dejar a Dios ser Dios o erigirnos nosotros en señores que proyectan y planifican sus vidas, con la consiguiente instrumentalización de todo y de todos a nuestro servicio. Si las tareas o compromisos que nos marcamos no los entendemos como una respuesta, por parte nuestra, a las llamadas que Dios nos hace, reducimos el cristianismo a una ética altruista y nunca propiciaremos vidas realmente consagradas al Señor.



VI. El equipo parroquial de vida cristiana

Un lugar para regenerar la experiencia vocacional

1. Parroquias configuradas desde la vocación

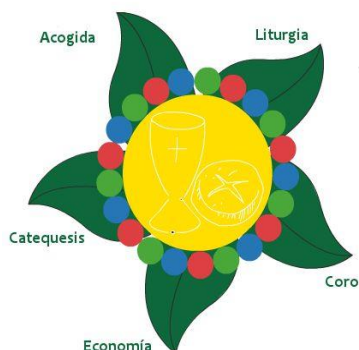
Junto a la propuesta de salida, acogamos también la necesidad de ofrecer a aquellos que nos encontremos, lugares donde vencer el aislamiento de una fe vivida en solitario: “espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales, «lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales” (EG 77).

Esto supone poner a la persona en el centro de la vida parroquial, no por el servicio o función que pueda desempeñar en ella, sino por la necesidad que tiene de vivir el encuentro con Cristo y desde él entender la vida como respuesta vocacional a su llamada.



Para posibilitar que la persona, y la vivencia de su fe, sea lo más importante, necesitamos situar el lugar desde donde realizarlo. La **Eucaristía** es el centro de la vida parroquial y el centro de nuestra vida de fe. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente. La parroquia, como parte de una Iglesia local, nace, vive y se expresa en la Eucaristía.

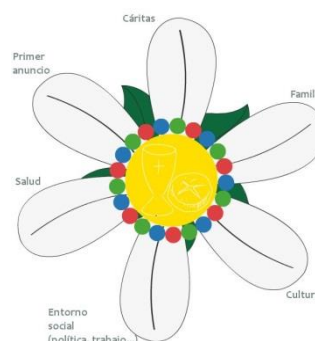
En torno a la Eucaristía, es necesario articular **equipos parroquiales de vida cristiana** en los que las personas puedan formarse, orar, celebrar, compartir la vida e iluminarla a la luz de la Palabra de Dios. Equipos de vida para todas las edades y que no tienen una tarea específica, sino que su objetivo es la maduración de la fe de las personas que forman parte de ellos.



La persona, en este itinerario de fe, irá experimentando la necesidad de vivir su fe en clave de servicio, como respuesta a lo que Dios le está pidiendo. Hay que suscitar una pregunta en el corazón de la persona: **“Señor, ¿qué quieres de mí?”**. Fruto de esta clave vocacional, algunas personas que forman parte de los equipos de vida parroquiales irán implicándose de forma gradual en los diversos grupos de trabajo de la parroquia.

Algunos de ellos son de carácter “intraparroquial”, es decir, orientados fundamentalmente a las personas que ya participan con mayor o menor intensidad de la vida de la parroquia (catequesis, liturgia, coro, equipo de economía...).

Pero la parroquia no puede quedarse en una tarea “ad intra”, en cuidar solamente de aquellos que ya han sido convocados e incorporados a la comunidad parroquial. La persona no puede quedarse en la vivencia de una fe reducida al ámbito de la comunidad parroquial. Es necesaria la creación de grupos que puedan articular y animar otras tareas más enfocadas a la dimensión misionera (Cáritas, pastoral social, pastoral de la salud, familia...).



¿Qué conseguimos con todo este planteamiento? Fomentar una pastoral parroquial donde lo importante no son las funciones que la persona pueda desempeñar en la parroquia, sino su vivencia de la fe, para que, desde allí, pueda responder **en clave vocacional**, mostrando su disponibilidad para servir en aquello para lo que se sienta llamado, atendiendo las distintas necesidades de la parroquia y del entorno social.

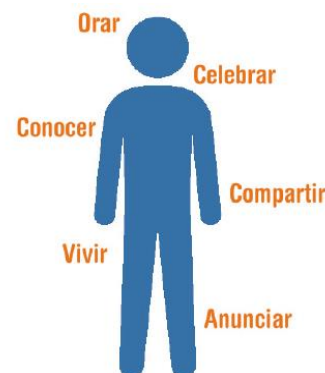
2. Parroquias como el lugar del acompañamiento en la fe

Necesitamos construir parroquias donde la persona sea acompañada en su vida de fe, donde no se impongan ritmos sino donde todos sientan que van encontrando respuestas y que están siendo animados a dar pasos nuevos que le ayuden a encontrar a Dios en su vida de manera siempre nueva. Es decir, parroquias que “ayudan a las personas en su proceso de crecimiento en la fe y en orden a clarificar y discernir la voluntad de Dios, y llegar a un compromiso y opción vocacional mediante la Palabra de Dios, los sacramentos y la oración. Parroquias donde se cuide el compromiso apostólico, la escucha, el diálogo, el testimonio y otras muchas

claves, respetando el desarrollo de cada persona que camina hacia la configuración con Cristo”¹⁴.

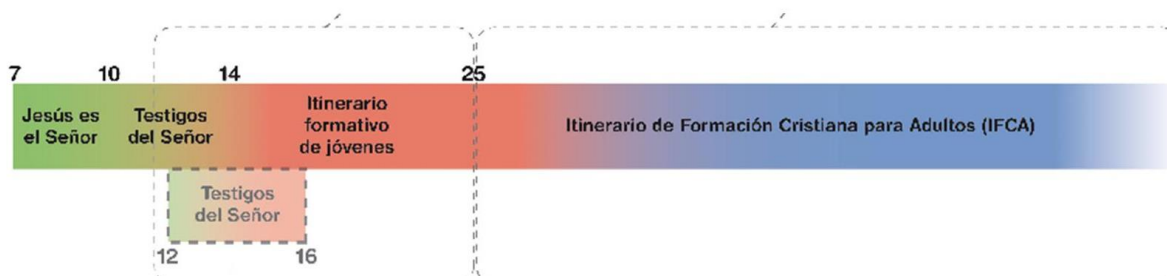
- Cuidando todas las dimensiones de la fe

El acompañamiento no debe ir orientado a potenciar una dimensión concreta de la persona, sino a buscar el equilibrio que le ayudará a conseguir un crecimiento integral de su fe, encontrando en ello la respuesta firme ante la variedad de situaciones que está llamada a vivir. Para ello orar, celebrar, conocer, compartir, vivir y anunciar son dimensiones claves que los laicos han de poder cultivar de manera compensada para provocar y promover la articulación de un laicado maduro, con una profunda espiritualidad, formación y empeño misionero.



- Desde un proceso para toda la vida

Si decimos que el acompañamiento tiene como principal finalidad el encuentro con Cristo que suscite una vida cristiana plena, hemos de entender que no está pensado para un momento puntual, sino que se engloba dentro de un itinerario para toda la vida. Un itinerario que fortalezca la unidad fe-vida de manera íntegra, permanente y continuada. Desde esta idea, la parroquia no puede ser entendida como el lugar donde acercarse en momentos puntuales, sino como la comunidad viva donde compartir y crecer en la fe, recibiendo la fuerza, el impulso y el sostén para ser discípulos misioneros en medio del mundo.



¹⁴ GARCÍA SAN EMETERIO, S., “El Acompañamiento. Un ministerio de ayuda”, ed. Paulinas, 2001, p. 21



VII. Un método que cultive la clave vocacional

¿Cómo podemos favorecer la inserción de la dimensión vocacional en los procesos de fe de los equipos parroquiales de vida cristiana?

- Aplicando el estilo de “**Revisión de Vida**” en las reuniones de los equipos, ya sea partiendo de contenidos del Catecismo, de textos bíblicos o de temas que surjan de la propia realidad personal y social. Como es conocido, este método consta de tres pasos básicos:

VER (Encarnación): Partimos de nuestra vida, expresando y analizando lo que acontece, con una mirada profunda, contemplativa. Creemos en un Dios que interviene en la Historia hasta el punto de encarnarse y hacerse hombre como nosotros. Nuestra fe va ligada, desde el primer momento, a nuestra realidad vital.

JUZGAR (Conversión): Es el momento clave para educarnos en el dinamismo vocacional. Después de observar nuestra realidad, analizarla con los compañeros, contrastarla con la Palabra de Dios y con las enseñanzas de la Iglesia, el “juzgar” no se puede reducir a una valoración, juicio e interpelación grupal. Tiene que ser un momento de oración donde todos y cada uno queremos escuchar lo que Dios nos está diciendo para después actuar en consecuencia. Tiene que culminar en la pregunta “**Señor, ¿qué quieres de mí?**”. Si pierde este carácter orante corremos el riesgo de instrumentalizar la Palabra de Dios para justificar nuestras propias opiniones, con lo que se desvirtúa el testimonio evangelizador.

ACTUAR (Seguimiento): Consiste en concretar mi respuesta a la llamada que Dios me ha hecho, tratando de desarrollar compromisos concretos que se convierten en pequeños signos de transformación personal, social y de anuncio del Evangelio. Además de realizar obras, tenemos que expresar Quién nos mueve. El anuncio explícito es necesario en el desarrollo de la acción evangelizadora.

En definitiva, básicamente se trata de educarnos en poner nuestra vida delante del Señor, dejarnos hacer por Él y llevar a cabo pequeñas acciones con las que manifestamos la voluntad de Dios. No es una formación teórica, sino vivencial. Al desarrollarse en grupo, genera una dinámica participativa que **nos educa en la corresponsabilidad**: al partir de los hechos que nos acontecen no habla sólo el que más sabe, pues todos tenemos la oportunidad de compartir y contar lo que nos ha pasado, lo que hemos visto; todos tratamos de escuchar lo que Dios nos dice a cada uno y todos estamos llamados a dar un paso al frente y comprometernos.

- Utilizar como una herramienta importante dentro del proceso el **“Proyecto Personal de Vida Cristiana”¹⁵** desde una perspectiva vocacional, elaborado desde lo que Dios me pide y hacia donde Él me llama, para que no se reduzca al plano de proyectar el futuro desde una óptica consecuente, limitada a las propias ideas y en función de intereses estrictamente personales (la autorrealización). Un proyecto que debe compartirse con el equipo y con un director espiritual que nos acompañe personalmente.
- Tratar temas específicos, durante el proceso del grupo, que definan y fundamenten la vocación, y presenten las distintas vocaciones concretas que nos ofrece la vida cristiana (sacerdocio, vida consagrada y laical).
- Integrar en las programaciones actividades, oraciones y reflexiones que organice la delegación diocesana de pastoral vocacional.
- Propiciar que el grupo pueda conocer, dialogar y trabajar con personas que se han consagrado a Dios a través de diferentes vocaciones específicas.
- Hacer propuestas personalizadas. Es necesario llamar individualmente, invitar uno a uno, en nombre de Jesús y de la comunidad, a plantearse con honestidad si no estarán ellos llamados a una de las vocaciones específicas o a un servicio concreto dentro de la Iglesia. Estas propuestas, hechas con el corazón, desde la fe y la eclesialidad, nunca son en vano; independientemente del resultado final de un discernimiento, el proceso que recorre el interpelado y los que le acompañan, ayuda a madurar en la fe.
- Todos somos mediadores, no es sólo cosa de los acompañantes, la comunidad entera debe fomentar que planteemos nuestra vida en clave vocacional.



VIII. Tentaciones, hábitos y prejuicios a superar

Para generar laicos que consagren sus vidas al Señor tenemos que superar ciertas tentaciones y trabas que encontramos en nuestro contexto eclesial. Vamos a destacar algunas de ellas:

- La pasividad. Los laicos definitivamente tenemos que dar un paso al frente. Así nos lo indicaba San Juan Pablo II: “la acogida por parte de los fieles laicos del llamamiento de Cristo a trabajar en su viña, **a tomar parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia**. Nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre

¹⁵ Es una herramienta que consiste en trazar a medio-largo plazo lo que Dios quiere de nosotros en las dimensiones vitales que configuran a la persona: espiritual, familiar, laboral, social...

algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. **A nadie le es lícito permanecer ocioso.**¹⁶

- Reservar un interés tan marcado por los servicios y las tareas eclesiales que se llegue a una práctica dejación de las responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político. El Papa Francisco así lo expresa: “Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis y poco hemos reflexionado cómo acompañar a un bautizado en su vida pública y cotidiana; cómo él, en su quehacer cotidiano, con las responsabilidades que tiene se compromete como cristiano en la vida pública”.¹⁷
- Legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre la acogida del Evangelio y la acción concreta en las más diversas realidades temporales y terrenas.
- Desarrollar tareas por rutina o por inercia. Muchas de las funciones que seguimos asumiendo son para mantener servicios que tradicionalmente hemos ofrecido en nuestras parroquias. Sin embargo, en un nuevo contexto social tenemos que revisar si realmente siguen siendo necesarias y, por otro lado, cuidar que las personas que las desarrollen sientan una llamada de Dios a transmitir hoy su fe a través de su desempeño.
- Mirar por encima del hombro. No debemos comparar unos compromisos con otros. Lo importante es vivir la síntesis fe-vida en las circunstancias que nos tocan en cada momento, tratando de escuchar a Dios y de servirle. Cada persona viene condicionada por su situación familiar, laboral, emocional, etc., no podemos exigirnos lo mismo unos a otros y, menos, caer en actitudes soberbias. Tenemos que respetar también las mediaciones que cada uno escoge para vivir su fe, su compromiso y su pertenencia eclesial.
- Marcar los pasos a otros. A veces, personas con más experiencia puede pecar de dirigir a otros hacia dónde caminar. El arte del acompañamiento consiste en ayudar a que el otro discierna y descubra personalmente lo que Dios le va pidiendo.
- Tratar a los catequizandos como simples receptores de una doctrina. “Nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas.”¹⁸
- En los contextos grupales, es importante que no se fomente la idea: “Ser cristiano es pertenecer al equipo”. Si la experiencia de fe se reduce a ello, en el momento en que esta pertenencia se rompe, la vida cristiana se difumina rápidamente y se

¹⁶ *Christifidelis laici*, 3

¹⁷ Carta del Papa Francisco al Cardenal Marc Armand Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, Vaticano, 19 de marzo de 2016

¹⁸ *Amoris laetitia*, 37

limita la apertura a otras formas de vivir la propia vocación, la cual comporta, siguiendo el ejemplo de Abraham, la valentía de salir de la propia casa, la ruptura con lo cotidiano y lo conocido, para dejarse llevar por el Señor.

- Miedo a dar responsabilidades. Hay que fomentar en las parroquias más espacios de diálogo, reflexión y dar más protagonismo a los laicos, incluidos niños y jóvenes, en la marcha de las diferentes tareas pastorales y misioneras.



IX. Laicos con vocación de ser “discípulos misioneros”

Descubrir y cultivar nuestra vocación cristiana va unido a la explicitación permanente de la Buena Nueva, para que otros crean, se salven y participen en la construcción de un mundo mejor.

“Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (Jn 1,41). ¿A qué esperamos nosotros?” (EG 120)

Así pues, la vocación está en función de la misión. Jesús no llama solo a los discípulos para que estén con Él, les dice que sean “*pescadores de hombres*” (Mc 1,16-20), los envía de dos en dos (Cfr. Lc 10, 1-11), les exhorta a participar de su misión (Cfr. Mc 16, 15). Nadie puede quedarse de brazos cruzados. “La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados.” (EG 120)



CUESTIONARIO

Parafraseando al Papa Francisco podemos decir que nuestra historia, nuestros pueblos y ciudades, hablan de la presencia de Dios en medio de las gentes, gracias a la fe firmemente arraigada de tantos sacerdotes, religiosos y laicos, que a lo largo de los siglos han atendido las necesidades espirituales y materiales de pobres, inmigrantes, enfermos, encarcelados. Hombres y mujeres que testimoniando el amor de Cristo en sus vidas han sabido acompañarnos y guiarnos en el camino de la fe. Es un gran legado que hemos recibido y estamos llamados a enriquecer y transmitir.

VER

Siempre es bueno y enriquecedor, en el camino de la fe, hacer memoria de nuestros testigos, de aquellos que para nosotros han sido referentes del amor de Dios y nos lo han sabido transmitir.

- + ¿Quién es para mí este testigo? ¿Qué es lo que destaco de su vida de fe?
- + ¿Vivo mi vida como vocación? ¿Qué implicaciones tiene para mí? ¿Y para los demás?

Toda la vida del cristiano ha de ser vivida desde un continuo acompañamiento por Cristo.

- + ¿En qué cosas veo que el Señor me ha ayudado a crecer? ¿En qué aspectos he experimentado una mayor conversión?
- + ¿Y yo? ¿Evangelizo? Expón un hecho de evangelización, algún momento en el que hayas buscado hablar o acercar a alguien a Jesús. ¿Cómo te has sentido?

JUZGAR

Jn 15, 13-17

“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervo: porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros.”

+ ¿Qué significa para mí ser amigo de Jesús?

Contempla este texto del Evangelio. Corresponde al momento más íntimo de Jesús con sus discípulos, cuando tras el lavatorio, comienza a despedirse de ellos, revelándoles lo más profundo de su corazón.

+ ¿Y para Jesús? ¿Qué significa ser amigo mío? ¿Qué llamada recibo de Él?

¿Qué es la santidad? No es “cerrar los ojos y poner caras” sino vivir “con amor” y ofrecer “el testimonio cristiano en las ocupaciones de todos los días donde estamos llamados a convertirnos en santos. Y cada uno en las condiciones y en el estado de vida en el que se encuentra”. (**Homilía del Papa Francisco, 19/11/14**)

Uno de los grandes desafíos de la Iglesia en este momento es fomentar en todos los fieles el sentido de la responsabilidad personal en la misión de la Iglesia, y capacitarlos para que puedan cumplir con tal responsabilidad como discípulos misioneros, como fermento del Evangelio en nuestro mundo. Esto requiere creatividad para adaptarse a los cambios de las situaciones, transmitiendo el legado del pasado, no solo a través del mantenimiento de estructuras e instituciones, que son útiles, sino sobre todo abriéndose a las posibilidades que el Espíritu nos descubre y mediante la comunicación de la alegría del Evangelio, todos los días y en todas las etapas de nuestra vida. (**Homilía del Papa Francisco en Filadelfia, 26/09/15**)

El Papa Pablo VI nos dijo: “El mundo de hoy necesita más testigos que maestros y, si acepta a los maestros, es porque antes han sido testigos”. El mundo necesita testigos valientes que anuncien con sus vidas el mensaje de Jesús.

+ La pastoral de nuestra parroquia ¿está orientada a la formación de estos testigos? ¿cómo?

+ ¿Qué carencias encontramos?

+ ¿Cómo podríamos vivir la alegría de la conversión pastoral?

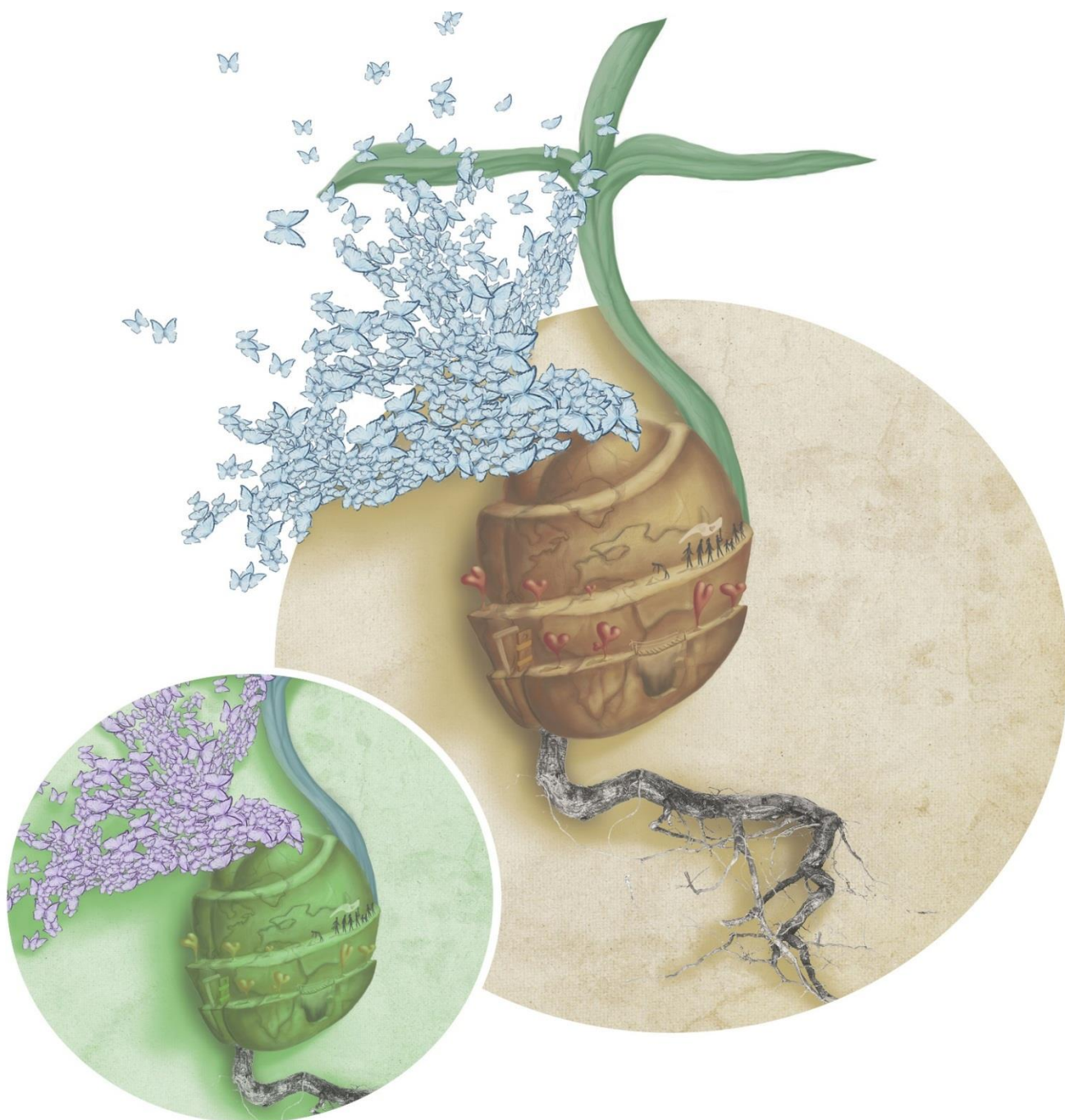
ACTUAR

A nivel personal

- + ¿Qué puedo potenciar en mi Proyecto Personal de Vida Cristiana para crecer en santidad?
- + ¿Qué puedo aportar para que en mi parroquia la clave vocacional ayude en la renovación misionera? ¿Qué puedo aportar para ayudar a revalorizar el papel del laico?

A nivel comunitario

- + Elaborar un resumen de nuestra reflexión para compartir a nivel parroquial con el resto de grupos y con nuestro párroco. Nuestra visión y compromiso comunitario para fomentar la corresponsabilidad de los laicos desde una opción vocacional.



Vocacionados a santificar el mundo

“A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (LG 31)

ÍNDICE

- I. La índole secular
- II. La vocación al desarrollo personal y social
- III. Dos principios para santificar el mundo
 - 1. La caridad en la verdad
 - 2. Una ecología integral
- IV. Dos retos para nuestro encuentro con la sociedad de hoy
 - 1. El diálogo con la increencia
 - 2. El desarrollo de una ética común
- V. Campos fundamentales de presencia pública para los laicos
 - 1. La familia
 - 2. La política
 - 3. El trabajo
 - 4. La cultura

Hablar de parroquias en salida y de vocación laical nos lleva ineludiblemente a un lugar de presencia: el mundo de lo secular. La vivencia de la fe no se puede restringir al ámbito de lo privado, ni al interior de los templos. Para los cristianos es un reto evangelizador desarrollar una participación activa en la construcción de una sociedad acorde con el Plan de Dios y tener una presencia más significativa en la vida pública.



I. La índole secular

El laico se siente llamado por Dios a construir el Reino desde dentro de todo el entramado social, viviendo en primera persona lo ordinario de las estructuras sociales, lo cual implica, en primer lugar, asumir plenamente como valores personales: el trabajo con la economía propia; la condición familiar; y la libertad para organizar la propia vida; por otro lado, en segundo lugar, como dimensiones de su compromiso apostólico aparecen: la presencia cívico-política y la corresponsabilidad eclesial.

Tres valores personales del cristiano laico:

a. En primer lugar, **la libertad para organizar la propia vida**, ya que *"Dios dejó al hombre en manos de la propia decisión"* (Ecl 15,14). Esta libertad propia del laicado comporta dos aspectos correlativos para su realización cristiana. El primero, es la exigencia de una ética de la responsabilidad, capaz de poder dar una respuesta sobre las razones de las propias opciones de vida concreta que uno hace y de la que uno participa. El segundo aspecto correlativo, es la exigencia de comunión eclesial, que supone como mínimo: a) acoger la Palabra de Dios, b) celebrar los Sacramentos, y c) la comunión viva con el ministerio pastoral. Esta libertad plena para organizar la propia existencia necesita ser iluminada por el Evangelio, teniendo presente "la libertad, más aún, a veces también la obligación de exponer a los pastores las necesidades y deseos sobre las cosas que afectan al bien de la Iglesia" (LG 37).

b. En segundo lugar, **el trabajo y la propia economía**, que queda interpelado fuertemente por su constitutiva dimensión social, así como por la opción preferencial por los pobres. En efecto, "el derecho a la propiedad privada, adquirida o recibimiento de manera justa, no anula el destino original de la tierra al conjunto de la humanidad" (CEC nº2403), por esta razón, "los propietarios de los bienes se tienen que servir con templanza y tienen que reservar la parte mejor para el enfermo y el pobre" (CEC nº2404).

c. En tercer lugar, **la familia** se sitúa en un lugar eclesial decisivo en la vida del mundo y como "iglesia doméstica" (LG 11), con todos los desafíos que esto comporta. El papa Francisco afirma que "la familia es verdaderamente una Buena Noticia" (AL nº1) y observa que "comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno ni proponer menos de lo que Jesús ofrece al ser humano" (AL 307),

“la familia es una escuela de humanidad” (GS 52). En el caso de la persona soltera hay que tener presente la importancia de su relación de **amistad** que se caracteriza por su autonomía afectiva y amor de benevolencia, que hace posible la propia realización queriendo el bien de las personas amigas. El cristianismo, además, de hablar del amor de Dios en clave esponsal, en *Lumen Gentium* nº 7 (“la Iglesia como esposa de Cristo”), lo hace también en clave amistosa en el Vaticano II al afirmar que “mediante la Revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos” (DV 2).

Dos dimensiones del compromiso evangelizador del cristiano laico:

a. La presencia cívico-política, que tiene diversas modulaciones posibles: desde la inicial conciencia social a la más comprometida. Es decir, desde la total **consagración de nuestras actividades a Dios** (“tantos fieles laicos —a menudo inadvertidos o incluso incomprensidos—, que son los obreros incansables que trabajan en la viña del Señor; humildes y grandes artífices del crecimiento del Reino de Dios en la historia.”¹⁹), hasta la imperiosa necesidad de **participar activamente en la vida pública**.

b. La corresponsabilidad eclesial, compartida con todos los bautizados, pero ejercida a varios niveles, en las celebraciones de los sacramentos, en los diversos servicios pastorales (liturgia, catequesis, Cáritas, movimientos apostólicos de laicos...), en la participación a los consejos y organismos pastorales (parroquiales, diocesanos...) y en la propia misión de la Iglesia. Una corresponsabilidad en una misma dignidad: “Los Pastores de la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Señor, pónganse al servicio los unos de los otros y al de los restantes fieles; éstos, a su vez, asocien gozosamente su trabajo al de los Pastores.” (LG 32)



II. La vocación al desarrollo personal y social

En el Amor se sostiene la relación con Dios y con el prójimo. Es el principio que nos permite encontrar a Dios en nuestra vida y que nos guía en el progreso tanto de las micro-relaciones (amistad, familia, vecinos...) como de las macro-relaciones (relaciones sociales, económicas, políticas...). Relaciones que están íntimamente conectadas, pues la índole social del hombre demuestra que **el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la sociedad en que vive están mutuamente condicionados**. El desarrollo personal y el social tienen que ir de la mano.

El laicado está llamado, de una manera especial, a promover este desarrollo a través de su participación en las instituciones y tareas de la sociedad civil. ¿Estamos dispuestos a asumir esta responsabilidad?

En relación a los quehaceres cotidianos que desarrollamos habitualmente, como pueden ser el ejercicio de la profesión y el cuidado de la familia, solemos asumir con

¹⁹ *Christifidelis laici*, n. 17

naturalidad la responsabilidad directa que nos es propia. Esto no quita que muchas veces, al alejarnos de Dios por el mal uso de nuestra libertad, caigamos en incoherencias, dejaciones o errores. Sin embargo, en lo concerniente a los ámbitos más amplios del plano social, a menudo se delega toda la responsabilidad a las diferentes instituciones; pero estas por sí solas no bastan, porque “el desarrollo humano integral es ante todo vocación y, por tanto, comporta que se **asuman libre y solidariamente responsabilidades** por parte de todos”²⁰.

El desarrollo social no se reduce al simple crecimiento económico o tecnológico. Para ser auténtico debe ser **integral**, es decir, promover la plenitud de cada persona y de la humanidad entera. De hecho, **el testimonio de la caridad de Cristo mediante obras de justicia, paz y desarrollo forma parte de la evangelización**; es indisoluble la relación entre el anuncio de Cristo y la promoción de la persona en la sociedad.



III. Dos principios para santificar el mundo

1. La caridad en la verdad

En principio, en nuestra sociedad todos estamos de acuerdo en que la solidaridad es un valor para construir un mundo más justo. A los cristianos nos gusta más el término caridad. Pero, ¿dónde sustentamos dicha caridad?

Vivimos en un mundo relativista que no reconoce nada como definitivo y que deja como medida última al propio yo y sus apetencias. El relativismo abandona la posibilidad del diálogo para alcanzar una verdad común sobre la que construir la convivencia humana, el desarrollo como personas y como sociedad; introduce una dictadura, la del egocentrismo que nubla la necesidad de Dios...

Esto lleva a que el poder, la economía, el placer, rijan la sociedad; lo cual provoca el perjuicio de los más débiles, de los que tienen menos recursos. Es lo que el papa Francisco llama la sociedad del descarte. Al final, es la imposición de unos sobre otros. En un contexto relativista no impera la tolerancia, sino que se impone el más fuerte... se destruye esa red de contención que son los derechos humanos universales, las verdades comunes. Por tanto, la raíz del gran problema de nuestra sociedad no es en sí el sistema socioeconómico, un sistema que actualmente excluye y mata, **sino la relativización de la verdad**.

¿Dónde solemos asentar las verdades en nuestra sociedad? Fundamentalmente en dos ámbitos:

²⁰ *Caritas in veritate*, n. 11

- En **la verdad tecnológica**: es verdad aquello que el hombre consigue construir y medir con su ciencia; es verdad porque funciona y así hace más cómoda y fácil la vida.
- En **las verdades del individuo**, que consisten en la autenticidad con lo que cada uno siente dentro de sí, válidas sólo para uno mismo, y que no se pueden proponer a los demás con la pretensión de contribuir al bien común.

Sin embargo, ni el subjetivismo permite alcanzar una comprensión profunda de la vida ni todas las verdades se alcanzan con la ciencia; el método científico y la lógica no dan, ni darán, para explicar toda la realidad. Para los cristianos la verdad existencial se encuentra en el Amor que todo lo mueve, que es una realidad fundante presente en toda la creación y que tiene un rostro, Jesucristo. Quien se encuentra con Cristo sabe que ese Amor entregado es verdadero. En consecuencia, la fe es búsqueda y percepción de una verdad grande que da sentido e ilumina a toda nuestra existencia. Por tanto, la fe no anula a la razón, todo lo contrario, la amplía, la orienta hacia ese Amor. De esta manera:

- Superamos la fugacidad del instante, pues sentimos que ese Amor nos precede, experimentando que en él hay una gran promesa de plenitud que nos abre la mirada al futuro.
- Es un apoyo donde encontrar seguridad, confianza y esperanza.
- Transformados por él recibimos ojos nuevos que nos hacen mirar la realidad con una perspectiva constructiva.
- Salimos de nosotros mismos y permanecemos firmes para dar consistencia a un camino en común, construimos el conocimiento y sus concreciones buscando el bien de todos.

Ahora bien, si la verdad necesita al amor, también el amor tiene necesidad de verdad. **Vivir la caridad en la verdad** lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil, sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y un verdadero desarrollo humano integral. Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales. En una cultura sin verdad es fácil desarrollar una solidaridad a la carta, una ayuda presa de las emociones y las opiniones circunstanciales. Si no hay motivaciones profundas la actitud solidaria, en muchas ocasiones, decae con el tiempo.

Esto nos recuerda la importancia que tiene para los cristianos vivir un dinamismo que tiene su origen en Dios, Amor eterno y verdad absoluta, que nos lleva a:

- Amar a Dios por encima de cualquier cosa, lo que implica querer encontrarnos continuamente con Él a través de la oración, en la Eucaristía, tratando de seguir su voluntad y llevando un estilo de vida consecuente, donde se manifieste nuestra preocupación y entrega por los demás, en especial, por lo que más sufren esa carencia de amor.

- Amar a las personas, aceptándolas como son, mostrándoles aprecio, comprensión y confianza.
- Hacer sacrificios por ellas; es preciso que vean que ese amor que les tenemos se traduce en acciones significativas de ayuda, tanto en su realidad concreta como en esferas de participación social más amplias. Si no les mostramos que nuestra fe nos lleva a realizar dichos gestos de entrega, nuestro anuncio se vuelve vacío.
- Vivir la "caridad política", es decir, un compromiso operante en favor de un mundo más justo y fraterno implicándonos en la vida social.
- Comunicar la alegría que surge de realizar esas acciones generadas por el amor gratuito. No nos cuesta entregar la vida por ellos porque así somos felices.

2. Una ecología integral

La ecología estudia las relaciones entre los organismos vivientes y el ambiente donde se desarrollan. Exige sentarse a pensar y discutir acerca de las condiciones de vida y supervivencia de una sociedad, con la honestidad para poner en duda modelos de desarrollo, producción y consumo. No está de más insistir en que todo está conectado.

Dada la magnitud de los cambios, ya no es posible encontrar una respuesta específica e independiente para cada parte del problema. Es fundamental buscar soluciones integrales que consideren las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza.

Esto exige que la sociedad actual revise seriamente su estilo de vida que, tiende al hedonismo y al consumismo, despreocupándose de los daños que de ello se derivan. En concreto, **"la Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación y la debe hacer valer en público"**²¹. Para ello, es necesario un cambio efectivo de mentalidad que nos lleve a:

- **Relacionar la vida del ser humano con la ley moral escrita en su propia naturaleza.** Existe una «ecología del hombre» porque «también el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo». La defensa de la vida y la aceptación del propio cuerpo como don de Dios es necesaria para acoger y aceptar el mundo entero como regalo del Padre y casa común, mientras una lógica de dominio sobre el propio cuerpo se transforma en una lógica a veces sutil de dominio sobre la creación. Aprender a recibir el propio cuerpo, a cuidarlo y a respetar sus significados, es esencial para una verdadera ecología humana.²²

²¹ *Caritas in veritate*, n. 51

²² *Laudato si*, n. 155

– **Educar** para la alianza entre la humanidad y el ambiente. La educación ambiental ha ido ampliando sus objetivos. Si al comienzo estaba muy centrada en la información científica, ahora debe incluir una crítica al individualismo, progreso indefinido, competencia, consumismo... y también a recuperar los distintos niveles del equilibrio ecológico: el interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con todos los seres vivos, el espiritual con Dios. La educación ambiental debería disponernos a dar ese salto hacia el Misterio, desde donde una ética ecológica adquiere su sentido más hondo.²³ Una educación que no solo se limite a informar, sino que desarrolle hábitos ecológicos y el compromiso social.

– Adoptar **nuevos estilos de vida**, a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres y con la creación sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones. Cuando los cambios en los hábitos de la sociedad afectan al beneficio de las empresas, cuestionan los planteamientos de los partidos políticos o dejan en entredicho el funcionamiento de las instituciones, estas se ven presionadas a amoldarse a los nuevos requerimientos.

– Exigir y fomentar el **diálogo** hacia nuevas políticas, procesos económicos y ordenamientos sociales que promuevan una ecología integral que respete a la persona y a toda la creación. El cuidado de la naturaleza es parte de un estilo de vida que implica capacidad de convivencia, de comunión y de implicación en la construcción de la «civilización del amor». Hace falta volver a sentir que nos necesitamos unos a otros, que tenemos una responsabilidad por los demás y por el mundo. Junto con la importancia de los pequeños gestos cotidianos, el amor social nos mueve a pensar en grandes estrategias que detengan eficazmente la degradación ambiental y alienten una cultura del cuidado que impregne toda la sociedad.²⁴



IV. Dos retos para nuestro encuentro con la sociedad de hoy

1. El diálogo con la increencia

Hacer como si Dios no existiese es el lema de la sociedad de nuestro tiempo. Es una mentalidad que dificulta entablar un diálogo profundo sobre la fe. ¿Cómo hacer hoy un anuncio explícito del Evangelio?

- **La fuerza comunicadora del Amor**

Más que las palabras, lo que verdaderamente da credibilidad a los creyentes es una acción inspirada en el amor gratuito y desinteresado, en la práctica del don del perdón

²³ Cfr. *Laudato si*, n. 210

²⁴ Cfr. *Laudato si*, n. 228-232

incondicional. Si nuestras palabras no van acompañadas por signos de “entrega por amor”, nuestro mensaje se desvirtuará y perderá poder de penetración, sobre todo, en aquellas personas que no han tenido ningún contacto con la Iglesia.

El creyente, cuando ama de este modo, participa activamente de la naturaleza de Dios, que se hace presente en su obrar y, desde ahí, es capaz de transmitir su fe; además, esto conecta con la necesidad que tenemos todos de ser amados, que es intrínseca al ser humano. Antropológicamente partimos de que toda persona es capaz de dar amor y, simultáneamente, está urgida de recibir amor; por tanto, el amor se convierte en un punto de encuentro fundamental entre creyentes y no creyentes. En la medida en que seamos capaces de vivir nuestra vocación al amor con mayor autenticidad, estaremos posibilitando la apertura al diálogo con la increencia.

- **Ante la indiferencia, planteemos interrogantes.**

Los grandes interrogantes del sentido de la vida son una de las llaves que nos abren la puerta de la fe pero, en la cultura del ocio en la que nos encontramos embarcados, las cuestiones fundamentales corren el peligro de ser sofocadas o eludidas. De hecho, hoy, el sentido de la vida más que buscado viene impuesto por aquello que se vive en lo inmediato, o por cuanto satisface las necesidades materiales; lo cual provoca que nuestra conciencia se vuelva obtusa y que esos “grandes interrogantes” se esquiven.

La **especialización del saber y el bombardeo de información** que recibimos dificulta poder enfrentarnos a la realidad desde una visión integral, encaminándonos a una “crisis de sentido” que puede llegar a embotarnos y hacernos navegar en la **indiferencia**. ¡Hay que salir de la indiferencia! El verdadero cambio no se dará nunca si no se **cultiva la conciencia crítica** que potencie una verdadera libertad de pensamiento en cada uno de nosotros y antepongamos el Amor al individualismo.

Hemos de plantear interrogantes a las personas de nuestro alrededor para ayudarles a reflexionar. Busquemos espacios de diálogo **donde lancemos preguntas que inviten a razonar**, no eludamos conversaciones profundas, discutamos con respeto y cariño, alimentemos la curiosidad... y tratemos de dar razones de nuestra fe.

- **Huyamos de la superficialidad**

El mayor obstáculo que se interpone en el diálogo-encuentro entre creyentes y no creyentes es el de la superficialidad. Por un lado, puede rebajar nuestra fe a una espiritualidad vaga, difusa, que nos convierta en simples envoltorios carentes de alimento. Por otro, provoca un ateísmo banal o evasivo que elude principios que den profundidad al quehacer cotidiano.

Ante la tentación de la superficialidad hemos de proponer la posibilidad de trascender. Necesitamos ciudadanos que apuesten por la profundidad tanto en los vínculos como en sus opciones espirituales, afectivas y sociales, que no se fíen de las apariencias, que aspiren a comprender la trastienda de lo político, de lo social, de lo

económico.²⁵ La trascendencia no es propiedad exclusiva de los creyentes, es una posibilidad humana, una capacidad inscrita en el corazón de la persona. Por tanto, hemos de fomentar ese ir más allá. Propiciar preguntas para **buscar**, junto con nuestros interlocutores, **respuestas con sentido**, en cualquier ámbito. Hemos de ser perseguidores de verdades. Y, desde ahí, debemos transmitir que la realidad entera habla de algo que está más allá de ella, pero que sólo se intuye a través de ella; que existe una **Verdad** trascendente que se nos ha revelado y da sentido a nuestra vida.

- **No nos parapetemos**

Salir implica estar abiertos a dialogar e intercambiar ideas con otros. Una tentación que hemos de superar es conversar sobre la fe únicamente con personas creyentes. Para ser capaces de dar razones de nuestra fe hemos de poner a prueba la consistencia de nuestros argumentos y buscar fórmulas de expresión que sean inteligibles.

Con frecuencia, da la impresión de que uno entra en debate para defender sus a priori y que no está dispuesto a alterar en nada sus premisas. Falta capacidad de **escucha activa**. Esta es la que nos permite salir de nuestros esquemas mentales para construir otros con mayor profundidad y madurez. Al abrirnos a nuevas posibilidades nos desapegamos de lo recibido, pero no necesariamente para repudiarlo, sino para evaluar con más perspectiva y amplitud su valor.

Lo que verdaderamente activa el diálogo es el **anhelo de comunicar lo que somos**, creemos y pensamos. Por tanto, el diálogo profundo exige dos partes que sean conscientes de sus tesis pero que tengan capacidad de reconocer la verdad ajena. La honestidad y la humildad constituyen los fundamentos indispensables para tal diálogo. La **honestidad** es la transparencia con uno mismo y con los otros. La **humildad**, significa reconocer los límites, por lo que predispone a la escucha y hace posible la receptividad. Como antítesis, la arrogancia es un gran impedimento para el diálogo.

No debemos tener miedo a que el diálogo nos haga dudar. El creyente cree a pesar de sus dudas y el no creyente no cree como consecuencia de sus dudas. Es **la duda** la que activa la voluntad de acercarse al otro y aprender de su perspectiva. Gracias a la duda nos damos cuenta de que nos necesitamos y que, si dialogamos con profundidad, vamos a crecer juntos. En el fondo, creyentes y no creyentes nos encontramos a menudo en el otro campo respecto al punto de partida. Por tanto, no debemos tener miedo a salir de nuestros parapetos y suscitar el diálogo constructivo. Este nos ayuda a madurar, a crecer personalmente y a construir juntos un espacio de convivencia que nos enriquece socialmente a todos.²⁶

2. El desarrollo de una ética común

Hoy la humanidad aparece mucho más interactiva que antes: esa mayor vecindad debe transformarse en verdadera comunión. El desarrollo de los pueblos depende sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia. Es preciso un nuevo impulso

²⁵ F. TORRALBA, *Creyentes y no creyentes en tierra de nadie*, PPC, Madrid, 2013, p. 206

²⁶ F. TORRALBA, *Creyentes y no creyentes en tierra de nadie*, PPC, Madrid, 2013, p. 129

del pensamiento para comprender mejor lo que esto implica; la interacción entre los pueblos nos urge a dar ese impulso, para que la integración se desarrolle bajo el signo de la solidaridad en vez del de la marginación, sobre la base de los valores fundamentales de la justicia y la paz. Para ello, la determinación de las normas, pautas o principios que deben regular el espacio público es fundamental.

Hay que vencer el **relativismo**, pues este conduce a la transgresión de los límites y provoca la explotación de los más débiles. Defender una ética común implica defender unos márgenes, unas normas para el juego social. El debate está en defender cuáles son estos límites. El segundo escollo es el **dogmatismo**, que consiste en imponer un determinado canon ético a la sociedad. Es una estrategia que defiende un orden, pero sin contar con el consenso de los ciudadanos.

Los temas de interés general, los que tienen que ver con el bien común, no pueden quedar en manos de una minoría social. Todos los ciudadanos tienen el mismo derecho a participar en la toma de decisiones, en dilucidar la mejor propuesta de ética pública. Los creyentes, partiendo de nuestra cosmovisión, estamos llamados a participar activamente, junto con los no creyentes, en la construcción de esta ética pública.



V. Campos fundamentales de presencia pública para los laicos

Para terminar este bloque simplemente vamos a recordar ciertos criterios fundamentales de presencia pública de los laicos en los cuatro campos fundamentales de nuestra vida en sociedad. No son opcionales, en mayor o menor medida estamos implicados en todos ellos. Conforman las cuatro patas o dimensiones que configuran el plano social de todo Proyecto Personal de Vida Cristiana.

1. La familia

La familia **es el lugar privilegiado para descubrir y desarrollar la vocación al amor**. Es la institución humana donde se encuentran las posibilidades de desarrollo y perfeccionamiento humano más íntimo y profundo. Dada su importancia, ella misma tiene que ser objeto de atención y de apoyo por parte de cuantos intervienen en la vida pública. Gran parte de los problemas sociales y aún personales tienen sus raíces en los fracasos o carencias de la vida familiar. **El bien de la familia, en todos sus aspectos, tiene que ser una de las preocupaciones fundamentales de la actuación de los cristianos en la vida pública.**

2. La política

La participación en la vida política, ya sea desde el ejercicio del voto responsable hasta la implicación en un partido, plataforma o institución, es un ámbito irrenunciable si queremos implicarnos en la construcción de la civilización del amor.

Para ello es preciso fomentar expresamente la **adecuada formación** de los laicos en conformidad con la **doctrina social y moral de la Iglesia**; es preciso impulsar actividades o instituciones dedicadas a la formación y capacitación de los laicos para que puedan actuar en los diferentes ámbitos de la vida política con verdadera inspiración espiritual y adecuada preparación profesional.

3. El trabajo

El trabajo es un medio privilegiado para servir a los demás. Lo cual nos llama al ejercicio honesto de la profesión, al cumplimiento de la función social que le es inseparable y a la lucha por la garantía de los valores éticos implicados en ella.

4. La cultura

Uno de los temas que más intensamente aparecen al hablar de las relaciones de la Iglesia con la sociedad es el de las relaciones entre la fe y la cultura. Ambas están llamadas a purificarse y enriquecerse mutuamente. Si la fe afecta a la vida entera del creyente es normal que extienda su influencia al campo de las creaciones culturales. Y si la cultura condiciona la vida de los hombres es también indispensable que los creyentes se hagan presentes en ella a fin de enriquecer la vida humana con las riquezas de la revelación y del espíritu cristiano.



Cuestionario

Para el cuestionario de este Tercer Reto de nuestra reflexión, ofrecemos extractos de dos testimonios publicados en la Revista Signo, de Acción Católica General. Ambos nos manifiestan el testimonio de dos miembros de ACG que intenta vivir de manera comprometida la unión fe-vida.

- **Testimonio de Rocío** (Signo nº 56)

Rocío Feliz de Vargas trabaja en el ayuntamiento de Teruel, como Teniente de Alcalde. Es cristiana, miembro de Acción Católica General, y vive con especial vocación su trabajo.

¿Qué espacio queda en la política local para el testimonio y anuncio de la fe cristiana?

Yo no hablaría del espacio que queda, sino del espacio que hay, ya que considero que el cristiano debe serlo las 24 horas del día y en todos los ámbitos de la vida y, mi trabajo (la política) es uno de ellos. Yo no me comporto de cierta forma si estoy en mi grupo de vida y de forma distinta en un pleno municipal. Mi actitud ante la vida es la misma, no aparco mis creencias por encontrarme en un ámbito o en otro. Yo tengo un lema, «coherencia fe-vida», de forma que si lo prácticas puedes dar testimonio en todos los ámbitos de la vida (familiar, trabajo, amigos...).

¿De qué forma te sientes acompañada y alentada por la Iglesia en tu presencia como creyente en la vida pública?

La Iglesia nos invita a los cristianos al compromiso y, en mi caso, hoy por hoy, mi compromiso más importante se desarrolla en la vida pública. En este caso la Acción Católica General me ayudó a tomar la decisión al fomentar la implicación de los cristianos en todos los ámbitos y, en concreto, en este también. Me hizo ver que desde mi dedicación a la política yo también tenía la posibilidad de dar testimonio. Al fin y al cabo, son nuestro esfuerzo y nuestro testimonio las herramientas con las que podemos transformar el mundo.

- **Testimonio de Nacho Celaya** (Signo, marzo-abril 2011)

Nacho Celaya, tiene 50 años, está casado, tiene dos hijos, es profesor de Instituto y va a cumplir una legislatura como Director General de Participación Ciudadana en el Gobierno de Aragón.

¿De dónde nace su compromiso social, cómo evoluciona hasta llegar hasta la Dirección General de Participación Ciudadana del Gobierno de Aragón?

Siempre he creído que la vida sólo tiene sentido si se vive para los demás... Mi militancia en JAC me hizo crecer en una fe liberadora que entendía que el Padre Dios tenía un proyecto para mí y que debía dedicar mis talentos a la construcción del Reino. La tarea educativa, el descubrimiento del compromiso con la pobreza y la exclusión, fueron —en su momento— discernimientos familiares y luego mediaciones privilegiadas que me hicieron entender que merece la pena morir un poco cada día para generar vida y dignidad en personas y pueblos.

Desde un compromiso evangelizador ¿Qué intenta aportar Nacho Celaya a la política?

La política no es sólo lo que hacen los políticos, es todo aquello que tiene que ver con la construcción de lo público, de lo de todos, de la casa común, en realidad toda nuestra vida es política y, por lo tanto, todo nuestro compromiso es político. Mi experiencia profunda de fe, me invita a tener una mirada especial sobre la sociedad, me ayuda a entender que las soluciones tienen que venir de los más pobres..., que el reconocer que no se sabe todo, pedir perdón, tratar con respeto a la gente, gestionar bien sus expectativas, ser serio en el trabajo, la austeridad, la paciencia, el respeto por los procesos, la ternura..., son actitudes que tienen su espacio en el ámbito de la política.

Por lo demás, intento ser hombre de esperanza, que da razón de ella a partir de su fe... La política te da la oportunidad de “hacer que pasen cosas”, de poner en marcha políticas y propuestas que hagan caminar la sociedad hacia una dirección, más acorde con el proyecto de persona, sociedad e Iglesia que siempre aprendimos. Luego, es cierto que el día a día es complejo, duro y te obliga a tener una piel de elefante..., que nos decía Adela Cortina, a la que probablemente no estamos acostumbrados los que venimos del ámbito, más cálido, de las comunidades cristianas.

VER

- + A la luz de estos testimonios y del bloque que hemos leído ¿cómo entiendes y vives el compromiso cristiano?
- + ¿Tu fe tiene alguna incidencia en la sociedad en la que vives? ¿en tu pueblo, trabajo, relaciones vecinales...?
- + Piensa en un hecho de vida en el que creas haber vivido, de alguna manera, este ámbito de presencia pública de tu fe

JUZGAR

Jn 17, 15-25

No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste

Mt 28, 18-20

Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

A la luz de la reflexión de este tema y de estos textos propuestos, trabajados en clave orante,

- + ¿Qué dice la Palabra?
- + ¿Qué te dice a ti el Señor a través de su Palabra?
- + ¿A qué te sientes llamado?
- + ¿Cómo ha sido, hasta ahora, tu formación para desarrollar la dimensión pública de la fe? ¿Cómo crees que puedes mejorar o profundizar?

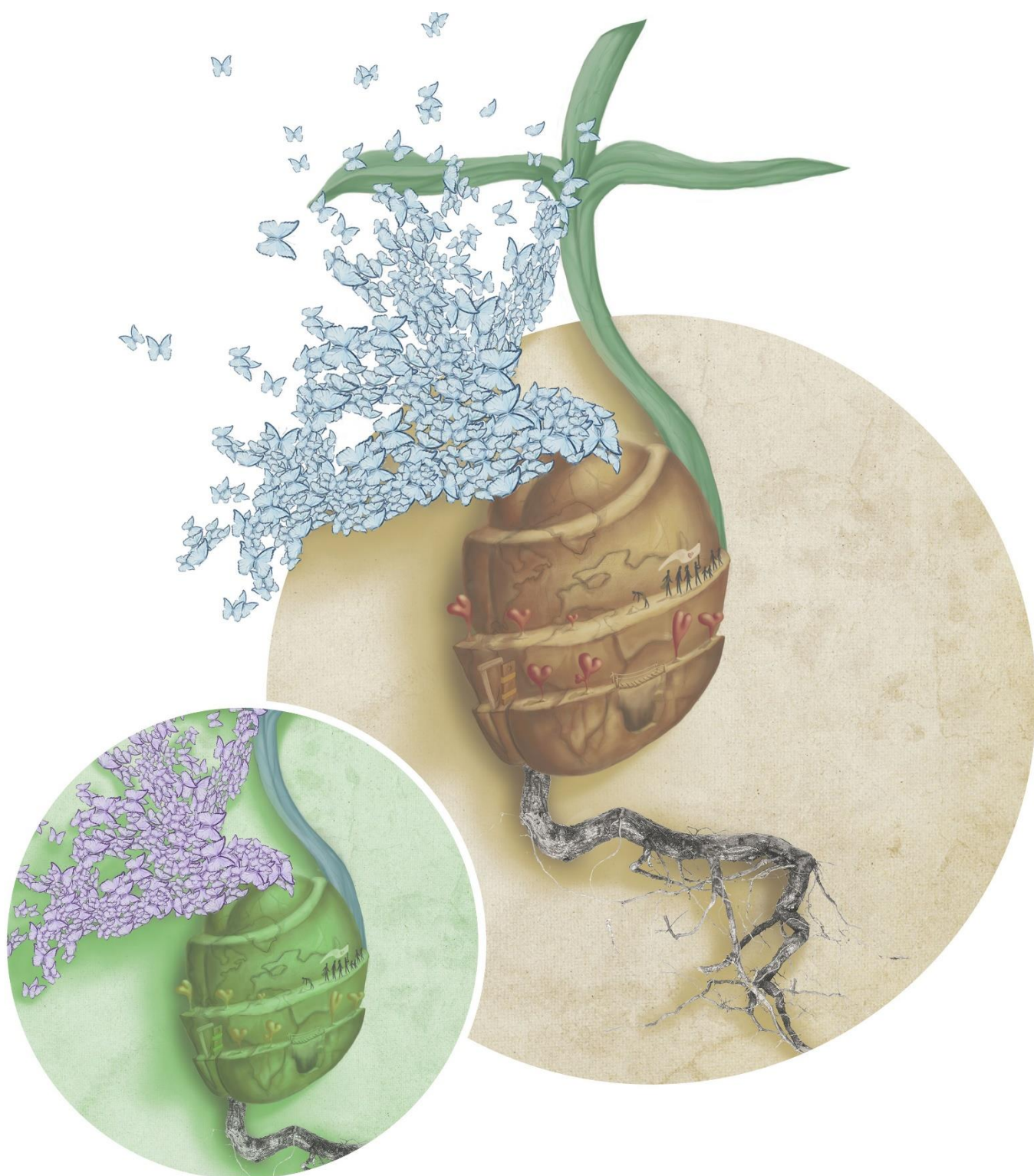
ACTUAR

A nivel personal

- + ¿Qué puedo potenciar en mi Proyecto Personal de Vida Cristiana para integrar más explícitamente esta dimensión?
- + ¿Qué puedo aportar para que desde mi parroquia se cuide la formación de un cristiano comprometido con la realidad social?

A nivel comunitario

- + Elaborar un resumen de nuestra reflexión para compartir a nivel parroquial con el resto de grupos y con nuestro párroco. Nuestra visión y nuestro compromiso para articular como cristianos una presencia pública evangelizadora en nuestro entorno social.



CUARTO RETO

Caminando juntos

“El fiel laico no puede jamás cerrarse sobre sí mismo aislándose espiritualmente de la comunidad” (ChL 20)

ÍNDICE

- I. La necesidad de caminar juntos
- II. ¿Cómo caminar juntos?
 - 1. Desde parroquia
 - 2. En los equipos de vida cristiana
 - 3. Reuniéndonos para celebrar cada domingo
 - 4. Valorando y necesitando la vida y carismas de los hermanos
 - 5. Acogiendo y dialogando
 - 6. Poniendo los problemas de la gente en el centro de la preocupación parroquial
 - 7. Afrontando juntos la renovación misionera, “con todos y para todos”
 - 8. Viviendo la diocesaneidad
 - 9. Descompartimentando nuestra acción evangelizadora
 - 10. Sin miedo a lo asociativo
- III. Acción Católica General, laicos de parroquia caminando juntos



I. La necesidad de caminar juntos

En una sociedad crecientemente secularizada, las comunidades eclesiales deben ofrecer la ayuda y los medios necesarios para:²⁷

- personalizar la fe y vivirla evangélicamente;
- seguir un proceso de formación permanente;
- celebrar comunitariamente la fe;
- encontrar un ámbito eclesial de discernimiento comunitario;
- asumir las responsabilidades personales y ser fieles en los compromisos adquiridos en la comunidad eclesial y en la vida pública;
- constituir el sujeto social necesario para una presencia pública significativa y eficaz.

Sin acompañamiento, sin comunidad, sin un itinerario formativo... un laico tiene difícil desarrollar su vida de fe con todas sus implicaciones. Por eso, nuestro empeño es que no haya simplemente laicos, sino un laicado. Sentimos la necesidad de una mayor vertebración en el laicado, lo pide la situación del mundo y lo exige la fecundidad de la comunión en la Iglesia²⁸.

Por tanto, defendemos la necesidad de ofrecer a los laicos habituales de las parroquias una articulación diocesana del laicado que:

- + Garantice la **continuidad de los procesos de fe**.
- + Nos permita **superar los personalismos**.
- + **Respalde a las pequeñas realidades**.
- + **Posibilite el trabajo de unidades pastorales**.
- + **Favorezca el discernimiento comunitario**.
- + **Permita realizar acciones misioneras conjuntas**.

No tengamos miedo a generar lazos asociativos al servicio de la misión apostólica de la Iglesia. Sin ánimo proselitista y bien injertados en la estructura diocesana nos ayudan a descubrir, en primer lugar, que es el mismo Cristo quien camina junto a nosotros, *"Pues donde estén dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"* (Mt., 18,20); y a comprometernos con los otros y por los otros, visibilizando un testimonio de comunión fraterna y eclesial que se vuelva atractivo y resplandeciente para todos.

²⁷ CEE, *Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, n. 97

²⁸ Cfr. CEAS, ponencia del Cardenal Pironio, *Algo nuevo está naciendo, ¿no lo notáis?*, Edice, 1995



II. ¿Cómo caminar juntos?

El siguiente decálogo nos puede servir como propuesta concreta desde donde focalizar este caminar juntos:

- 1. Desde la parroquia**
- 2. En equipos parroquiales de vida cristiana.**
- 3. Reuniéndonos para celebrar la Eucaristía cada domingo (el Día del Señor).**
- 4. Valorando y necesitando la vida y los carismas de los hermanos.**
- 5. Acogiendo y dialogando.**
- 6. Poniendo los problemas de la gente en el centro de la preocupación parroquial.**
- 7. Afrontando juntos la renovación misionera. “Con todos y para todos”.**
- 8. Viviendo la diocesaneidad**
- 9. Descompartimentando nuestra acción evangelizadora.**
- 10. Sin miedo a lo asociativo**



III. ACG, laicos de parroquia caminando juntos

Desde Acción Católica General queremos hacer una invitación a caminar juntos. Es muy importante para la Iglesia que el laicado de nuestras parroquias tenga una mayor cohesión. No tratamos de imponer unas siglas o unas fórmulas organizativas por las que todo el mundo tiene que entrar. Simplemente, queremos tender puentes y ofrecer un respaldo; respaldo que se concreta en diseñar un itinerario para grupos parroquiales donde cultivar nuestra fe, propiciando ese dinamismo vocacional que mueve al laico a participar de forma corresponsable en la misión de la Iglesia.

La ACG está llamada por los obispos españoles a colaborar en (cf. CLIM 124-126):

- a) Impulsar un laicado maduro, evangelizador, consciente y que cultive una espiritualidad apostólica centrada en Cristo.
- b) Impulsar la evangelización de los ámbitos en que está inmersa la parroquia.
- c) Contribuir a la unidad de la comunidad parroquial en la misión y a la corresponsabilidad de todos sus miembros.
- d) Facilitar la cohesión de la pastoral diocesana, viviendo como propios los Planes Pastorales y los programas de las distintas delegaciones de la diócesis.

Os invitamos a que este camino de reflexión no acabe aquí. Estrechemos los lazos entre las parroquias. Afrontemos en común los retos que se nos presentan. Generemos comunión para la misión, caminemos juntos por el camino de la Iglesia, ayudándonos a ser cada día “sal y luz” en medio de nuestros quehaceres ordinarios y extraordinarios; posicionémonos como discípulos misioneros que oran y trabajan por la transformación del mundo. Discípulos misioneros que, con la Alegría del encuentro con Cristo, viven dejándose llevar por las inspiraciones del Espíritu.

¡Caminemos juntos siguiendo los pasos del Señor! Le pedimos a María, Madre de la Misericordia, que nos acompañe en este peregrinar.



Cuestionario

Toda la reflexión que hemos llevado a cabo a lo largo de este documento desemboca en un deseo: “caminar juntos”. Desear, soñar y trabajar por una Iglesia unida, donde todos los cristianos demos continuo testimonio de fraternidad y comunión.

VER

1. **Desde la parroquia.** ¿Qué aportas a la comunión entre las distintas realidades de tu parroquia? ¿Cómo se vive esta dimensión en tu comunidad?
2. **En los equipos de vida cristiana.** ¿Cómo fomenta tu equipo de vida, en tu formación, el impulso misionero?
3. **Reuniéndonos para celebrar cada domingo.** ¿Es la celebración del Domingo para ti expresión alegre del Día del Señor? ¿Cómo se vive en tu parroquia?
4. **Valorando y necesitando la vida y carismas de los hermanos.** ¿Conoces las distintas realidades, movimientos o asociaciones que existen en tu parroquia?
5. **Acogiendo y dialogando.** ¿Funciona el Consejo de Pastoral en tu parroquia? ¿Y grupos de acogida?
6. **Poniendo los problemas de la gente en el centro de la preocupación parroquial.** ¿Qué parte de acción y formación se articula en tu parroquia para atender al necesitado?
7. **Afrontar juntos la renovación misionera, “con todos y para todos”.** ¿Está asumida la dimensión del primer anuncio como algo fundamental en tu parroquia?
8. **Viviendo la diocesaneidad.** ¿Qué apertura percibes en tu parroquia con la pastoral diocesana?
9. **Descompartimentando nuestra acción evangelizadora.** ¿Qué actividad parroquial se lleva a cabo, de manera conjunta, en tu parroquia con carácter evangelizador?
10. **Sin miedo a lo asociativo.** En tu parroquia ¿qué aspectos positivos aportaría la asociatividad? ¿Qué aporta la ACG?

JUZGAR

Una de las expresiones de la comunión eclesial es la sinodalidad que, a nivel parroquial o diocesano, es la expresión de la unidad de todos aquellos fieles cristianos que, dejándose llevar el Espíritu Santo, sienten la necesidad de caminar juntos de la mano, guía y servicio de sus pastores. Esto no implica unificación de carismas sino la firme convicción de caminar en una misma dirección y con un mismo fin, el anuncio del Evangelio.

1Cor 12, 12-13,27-31

*Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, **hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo.** Y todos hemos bebido de un solo Espíritu...*

Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la Iglesia Dios puso en primer lugar a los apóstoles; en segundo lugar, a los profetas, en el tercero, a los maestros, después, los milagros, después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan? Ambicionad los carismas mayores.

1Pe 2, 9

Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa.

A la luz de la reflexión de este tema y de estos textos propuestos, trabajados en clave orante,

- + ¿Qué dice la Palabra?
- + ¿Qué te dice a ti el Señor a través de su Palabra? ¿A qué te sientes llamado?
- + ¿Cómo se vive, se potencia y se trabaja la sinodalidad en tu parroquia?

ACTUAR

A nivel personal

- + ¿Qué puedo potenciar en mi Proyecto Personal de Vida Cristiana para vivir, desde las claves propuestas, la dimensión comunitaria?
- + ¿Qué puedo aportar para que desde mi parroquia se potencie más la sinodalidad, el trabajar “con todos y para todos”?

A nivel comunitario

- + Elaborar un resumen de nuestra reflexión para compartir a nivel parroquial con el resto de grupos y con nuestro párroco. Nuestra visión y nuestro compromiso para abrirnos e insertarnos, de manera más comprometida, con la pastoral diocesana (delegaciones, movimientos u otros laicos de parroquia).